

✓

R.M

420

300

2032 nº 8

GUADALUPE

IMPRESIONES ARTÍSTICO-RELIGIOSAS

POR

D. Eloy Pedrajas y Nuñez-Romero

PRESBITERO

CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO

DE BADAJOZ.



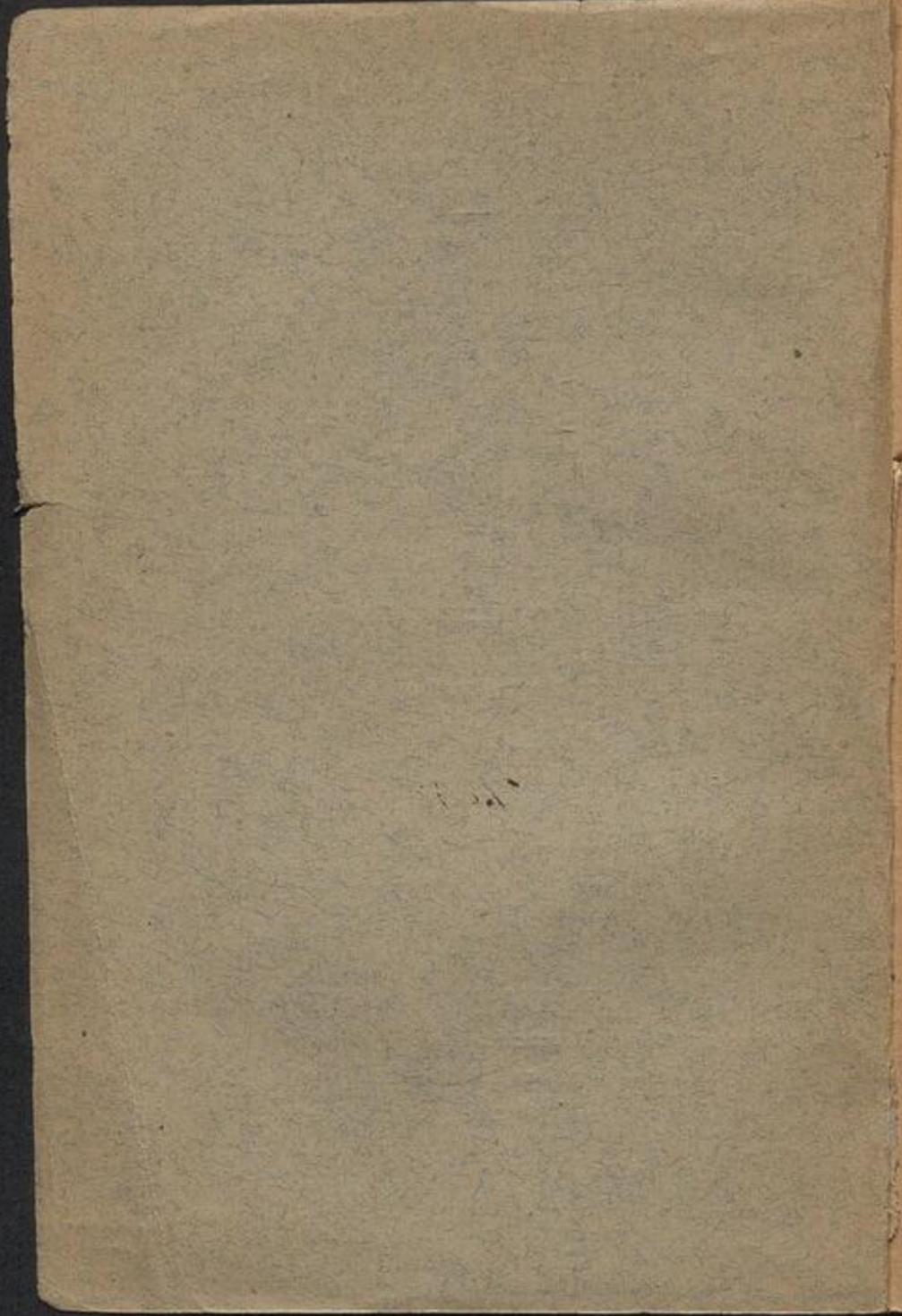
BADAJOZ

Imprenta y Encuadernación de Uceda Hermanos.

11 — Francisco Pizarro — 11

1899

9



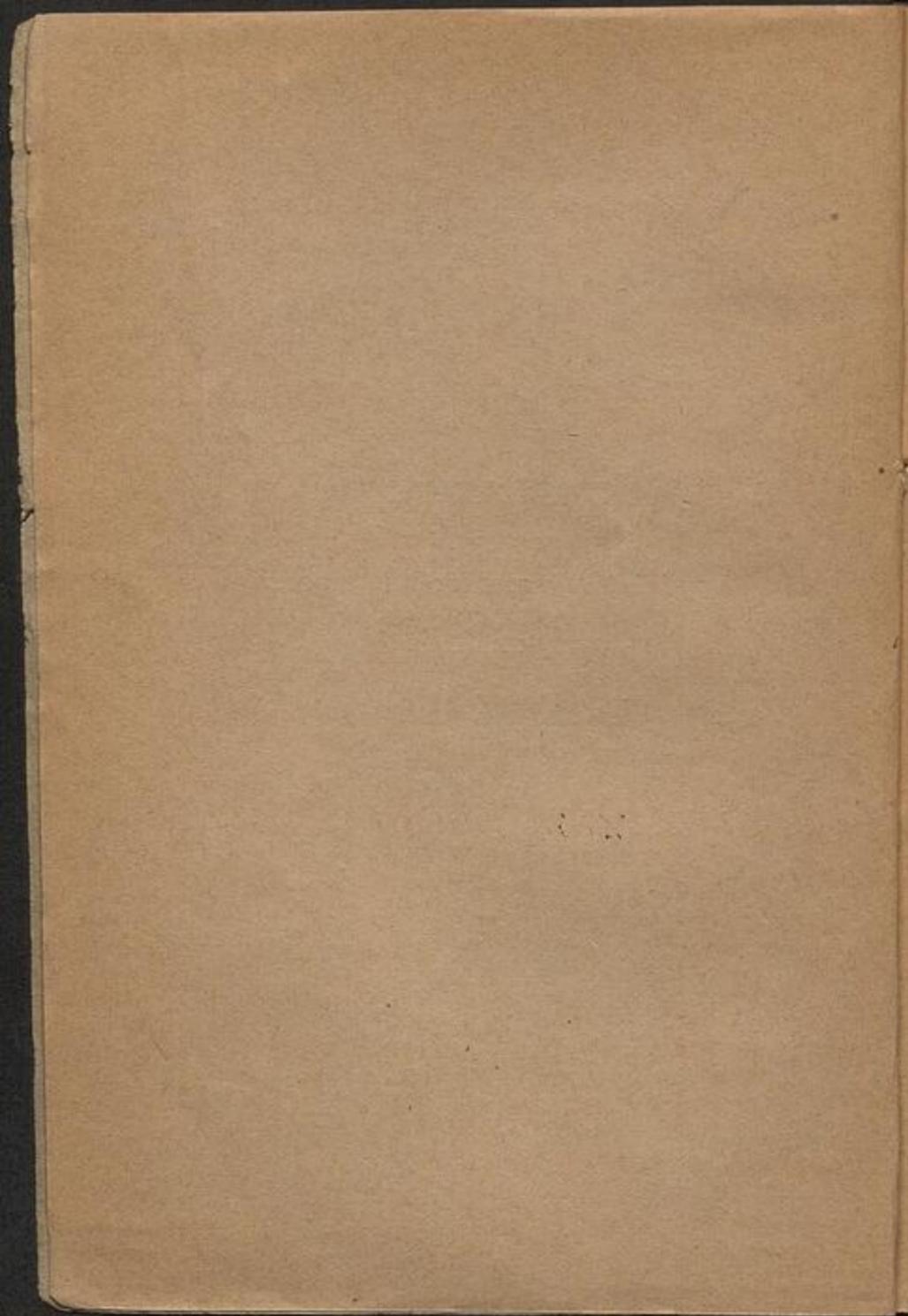
A-7-9429

GUADALUPE

IMPRESIONES ARTISTICO-RELIGIOSAS



no 38



GUADALUPE

IMPRESIONES ARTÍSTICO-RELIGIOSAS

POR

D. Eloy Pedrajas y Quínez-Romero

PRESBITERO

CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO

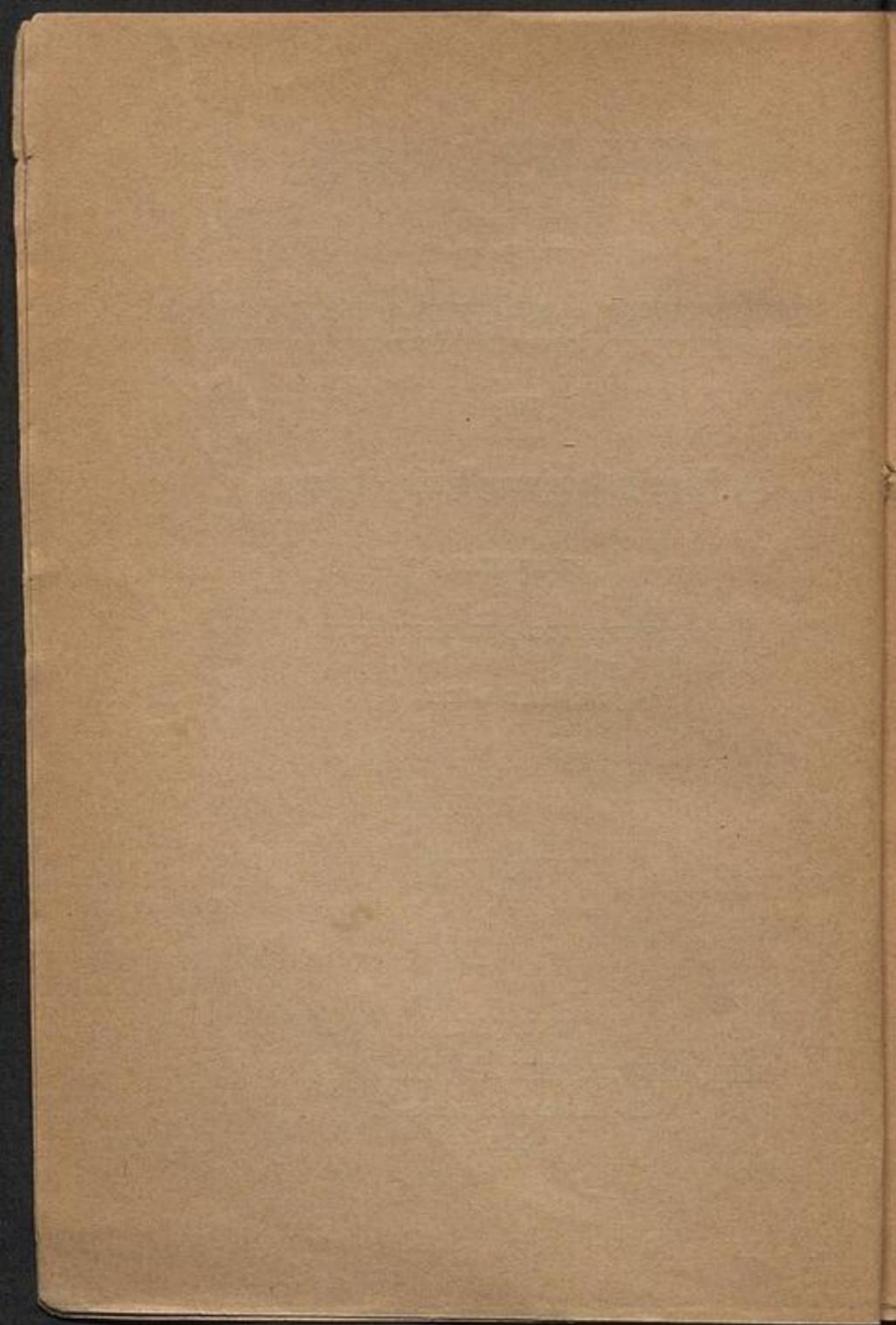
DE BADAJOZ.

BADAJOZ

Imp., Litogr. y Encuad. de Uceda Heredia

11—FRANCISCO PIZARRO—11

1869



Al Señor

D. Francisco Franco y Liozano

de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras,

Individuo de número

del Círculo Filológico Matritense

y Director del Instituto provincial de Badajoz.



*Por usted, mi distinguido amigo,
comenzaron á ver la luz pública mis IMPRESIONES GUADALUPENSES, huérfanas de toda clase de méritos como salidas de mi mal tajada pluma y rudo entendimiento, y por usted se reimprimen en forma de opúsculo: es muy natural por*

tanto que á usted vayan dedicadas como sincero, si bien pobrísimo tributo que á sus bondades sin número y buena amistad rinde mi natural cortesanía y no escasa gratitud.

Dígnese usted aceptarlas y quiera Dios que mi humilde trabajo consiga al menos la gloria de la Inmaculada y Soberana Virgen y el retorno de algunos corazones á los plácidos y venturosos puertos de salvación, que nuestra sacrosanta y bendita Religión ofrece á los mortales.

El Autor.

Badajoz 11 de Diciembre de 1898.



AL QUE LEYERE

DECIR algunas palabras á guisa de Prólogo en las primeras hojas de este folleto ó libro de impresiones de un *tourista* tan atildado é inteligente como mi amigo de la infancia, el ya Maestro en ciencias divinas y humanas y muy próximo oficialmente de enseñanzas del arte del bien decir y de la bella literatura, sería empeño siempre difícil para los habituados á esta clase de labor y adiestrados en estas lides del enten-

dimiento y no difícil, sino imposible, para mí que carezco de una y otra condición; échola sin embargo sobre mis hombros por satisfacer únicamente el deseo de mi simpático amigo y paisano D. Eloy Pedrajas que me ha honrado, cual nunca yo soñara, al expresarme el deseo de que aparezca mi nombre junto al suyo en esta Empresa.

No sabe uno qué más admirar en el Cuadro de impresiones que nos describe nuestro sábio visitante, si la galanura de la frase, la riqueza de su variado estilo, ora vehemente, ora dulce, ya nervioso y sublime, ya delicado y tierno, con la suavidad de los semicolores y tonos del más delicado artista ó la intensidad de variados conocimientos científicos que en él gallardean; y es lógico que así

sucedá, dada la disposición de su alma de piadoso sacerdote ante las sublimidades del símbolo de la Madre bendita del Redentor del mundo y las corrientes impetuosas de su genialidad, que le parecen pocas todas las galanuras de su ingenio y los refuerzos de sus bien aprendidos estudios para ponerlos á contribución del Himno entonado ante la contemplación de lo bello humano en loor de la Divina Imagen de la Virgen de Guadalupe.

He de mantenerme en silencio con respecto á la impresión que en mí ha causado la lectura de las suyas, porque deseo que el espectador se deleite en ellas, viéndolas tal y como han salido de la paleta del pintor: solamente diré que en su trabajo se revela mi amigo en un excelente grado.

de superioridad científica en los tan variados órdenes de conocimientos que aquél exige.

La Historia, la Pintura, la Escultura y Arquitectónica, la Literatura y las Lenguas, le son de tal manera familiares y tal lujo de detalles referentes á todas aparecen en su escrito, que no se acierta á distinguir á cuál de esos diversos ramos del saber ha prestado más diligente solicitud; pero cuando se manifiestan con más claridad sus específicas aptitudes es cuando dibuja el contenido de su esencialidad psicológica y estética; entonces aparece el alma del ungido del Señor prosternándose de hinojos en oración hermosa y alumbrando su fantasía con los recuerdos del arte, elevando sus ideales y pronunciando terrenales acentos, haciéndonos

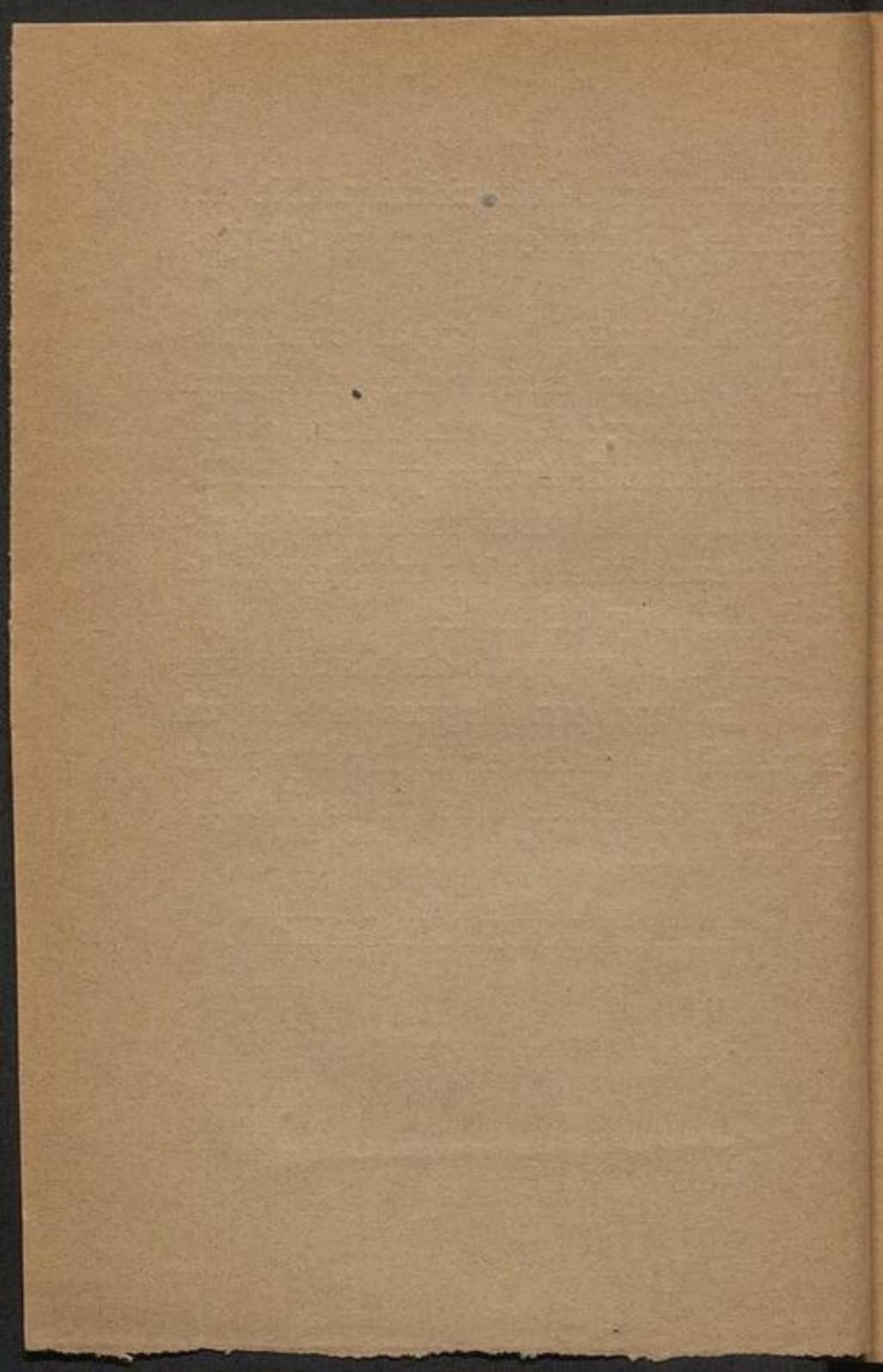
recordar con deleitación inefable las sublimes y místicas escalas de Jacob.

Saludo en mi amigo al continuador del génio extremeño, el nunca bastante llorado Moreno Nieto, quien con su alma de artista y talentos de filósofo tantas veces nos ilustró el espíritu cantándonos las excelencias de la Religión y del Arte.

Y aquí hago punto deseándote que para la primera llegues á ser un Apostol de esclarecida fama y para el segundo un Heraldo de las Letras Extremeñas.

RAFAEL RIERA Y GALLO.

Cabeza del Buey 12 Diciembre 1898.





CARTA ABIERTA *

AL SEÑOR

Don Eloy Pedrajas y Nuñez-Romero,

CATEDRÁTICO DE RELIGION

EN ESTE INSTITUTO PROVINCIAL

MUY ESTIMADO AMIGO:

GON singular complacencia vengo leyendo en *El Liberal Extremeño* la serie de cartas que me dirige bajo el título de «Impresiones de viaje. — Desde Guadalupe», en cuyo acabado trabajo delinea de un modo magistral y gallardo cuanto de notable encierra aquel antiguo y famoso Monasterio.

La impresión que produce en el espíritu la

(*) Esta carta fué publicada en *El Pacense*, número correspondiente al día 5 de Diciembre, bajo el seudónimo de *Ignotus*.

brillante descripción de aquel célebre santuario es altamente simpática al corazón del creyente, que se remonta en alas del entusiasmo religioso á tiempos bonancibles, aunque la pasión los tache de retrógrados y oscurantistas.

Acompáñole á Vd. con la mente á los lugares que describe, comenzando por unas ligeras noticias topográficas referentes al terreno, donde se halla enclavado el magnífico edificio, monumento imperecedero de la fé y del arte.

¡Cuánto hubiera gozado visitando en compañía de tan inteligente *cicerone* la hermosa maravilla que tan discretamente da á conocer á sus paisanos! Á su lado habría aprendido á conocer el mérito de obras artísticas, que ocupan lugar preeminente en la historia de las bellas artes, apreciando en toda su importancia el rico tesoro que nuestros antepasados allegaron á fuerza de constancia y de fé en aquella casa de oración, hoy salvada apenas de manos desamortizadoras, y desprovistos sus actuales poseedores de todo sentimiento estético y hasta casi me atrevería á decir... hable por mí Menéndez Pelayo, quien con su autoridad indiscutida hará valer más sus afirmaciones.

Tengo cierta predilección por las obras de viajes y de artes, y, sin temor de parecer exagerado, creo que las cartas de Vd. son un verdadero modelo en el género didáctico, no sólo por la forma sugestiva de las mismas, sino por su lenguaje terso y elegante, acompañado de un estilo nervioso á veces en el cual se deja traslucir y entrever la viveza de su carácter, la acrisolada doctrina religiosa, propia de un perito maestro en la ciencia que enaltecieron los Agustinos y Tomases, unida á conocimientos profundos en la calcotecnia de las artes sagradas especialmente, que le constituyen en aventajado émulo de los doctísimos López Ferrero y Peña Fernández.

Felicito á Vd., mi caro amigo, de un modo cordialísimo por sus preciadísimas cartas, que coleccionadas constituirían un libro de amena y sabrosa lectura en esta tierra de Extremadura, donde pasan inadvertidos para sus hijos esos templos, que son el asombro de la raquí-tica generación actual, y á cuyo esclarecimiento contribuye Vd. con su poderosa inteligencia, imitando así la nobilísima conducta de otro distinguido eclesiástico, que ocupa la primera

silla *post pontificalem* en el obispado de Plasencia.

Reciba por su obra meritoria los plácemes sinceros y entusiastas del que, siendo su admirador, le alienta á proseguir tan fructuosa labor hasta ultimar la descripción completa de las ricas joyas que encierra el santuario guadalupense.

Suyo affmo. amigo,

Francisco Franco y Lozano.

Badajoz 29—XI—1898.





GUADALUPE

IMPRESIONES ARTÍSTICO-RELIGIOSAS.

CARTA PRIMERA.

MI DISTINGUIDO AMIGO Y COLEGA:

PROMETÍ á V. comunicarle mis impresiones de viaje á este famoso Santuario y héme V. dispuesto á cumplir como bueno el adquirido compromiso, sin parar mientes en lo árduo de la empresa, ni en la poquedad de mis fuerzas, ni en la escasez de datos y noticias, que en la precipitación del viaje no ha sido posible aumentar, qué digo aumentar, ni comprobar siquiera las poquísimas que en mi poder obraban.

¿Quién es capaz de describir como merecen

estos benditos lugares santificados con la presencia milagrosa de la Virgen pura, la sin par y antiquísima imagen de Ntra. Señora de Guadalupe? Aquí todo respira religiosidad, todo convida á la adoración del Omnipotente, todo se presta á conducir al hombre á regiones sobrenaturales, á arrancar de lo más hondo de su espíritu himnos purísimos de amor, de gratitud que, traspasando los espacios, se confunden en harmónico concierto con las divinas melodías que los espíritus celestes entonan al Dios de la majestad y de la belleza inmaculada.

El sitio donde está enclavado el Santuario es delicioso: cercado de agrestes montañas allá en las estribaciones de las llamadas por los naturales Villuercas, de peregrina altura y asombrosa vegetación, presenta un aspecto encantador, un panorama magnífico. Hondos valles y empinadas laderas; crestas de montañas que se pierden en las nubes con escabrosidades infinitas en su superficie matizadas de vetustos robledales, castaños robustos, álamos gigantescos entre los cuales crecen con exuberancia magnífica el atalfe y el romero y otra multitud de plantas odoríferas, que, embalsamando el ambiente, predisponen el ánimo para la grandeza, para sentir las emociones, el efecto psicológico del sublime, para admirar y sentir la grandeza del Omnipotente contemplando con admiración entusiasta la feracidad de estas sierras, la abun-

dancia de sus cristalinas aguas que las recogen y vierten en el Guadiana y el Tajo los rios *Guadalupe y Rueca, Almonte é Ibor*. De la abundancia de sus pastos riquísimos, de la amenidad y poesía de estos lugares, pudiéramos decir lo que el gran poeta del clasicismo latino, el cisne de Mántua, decía en sus inmortales Geórgicas al describir su patria. (1)

*Non liquidi gregibus fontes, non gramina desunt,
Et quantum longis carpent armenta diebus,
Exigua tantum gelidus ros nocte reponet.*

Pues ahí tiene V., mi querido Director, el lugar que ocupa el famoso Santuario de Guadalupe, en los límites de la antigua Vetonia y de la Carpetania, confinando con la Lusitania y la Tarraconense por distintos lugares entre los famosos rios Guadiana y Tajo; ahí tiene V. el lugar, que encerrado entre los más abruptos riscos y fragosidades, entre las que descuella el famoso pico *Cecilia Gemenina*, es patria de hombres insignes en las letras y en las armas, lugar ilustrado con las más magníficas y soberbias producciones del arte monumental, donde se prodigaron aquellos lienzos admirables que constituyen época en la historia del arte, donde se admiran las creaciones divinas del artista de las *tres almas*, el inimi-

(1) Libro II vers. 200.

table Miguel Angel, las del gran escultor sevillano Juan Bautista Montañés y del insigne Alonso Cano, donde las producciones pictóricas del *Spagnoletto* y de Zurbarán, de Alberto Durero y de Eugenio Cages, del Giordano, del Greco y de Vicente Carducci, hacen sentir las dulcísimas y desinteresadas emociones que produce la belleza realizada por el arte.

¡Cuántas magnificencias, mi querido amigo! La poderosa sugestión que producen estos lugares, en los que la naturaleza se muestra en toda su magnificencia, con toda la poderosa fuerza y vitalidad casi infinitas que les diera el Hacedor, acrece y se agiganta al divisar el Santuario enclavado en la falda meridional del quebrado cerro llamado *Altamira*, una de las derivaciones de las grandes Villuercas, siendo digno pórtico, un átrio soberbio que no desmerece de la monumental fábrica que á la ligera voy á describirle, y que, siendo ya pesada esta epístola, dejo para otra la realización de mi cometido.





II.

YO siempre sentí, mi distinguido amigo Don Francisco, allá en las profundidades de mi espíritu un fuerte y constante apego á las glorias y tradiciones de esta hermosa región extremeña; pero le soy franco al decirle que se agigantó este amor, que sentía crecer en mi pecho la purísima llama del amor regional, al contemplar el famoso Santuario de Guadalupe: y cuando mis ojos vieron la soberbia fábrica levantada por la fé ardiente de nuestros antepasados: cuando admiré sus colosales y harmónicas proporciones; cuando mi espíritu se bañó y refrescó en aquel místico perfume que se respira en el sagrado recinto; cuando examiné aquel museo de inenarrables preciosidades artísticas, deleitándose mi alma en la contemplación de la belleza realizada por el hombre, entonces me sentí doblemente orgulloso de ser extremeño y de mis labios brotaban análogas expresiones á las que proferían con noble orgullo los conquis-

tadores del mundo en las más longinuas regiones, los que aspiraron á unificar el orbe con su profundo sentido jurídico, como antes los griegos lo habían intentado con su admirable sentido artístico y brillante cultura: *Civis romanus sum*, que si otros pueblos se sienten satisfechos con los nombres de los famosos monumentos que se llaman Monasterio del Poblet, de San Juan de las Abadesas, del Paular, de la Rábida y otros, nosotros no los envidiamos, contando como contamos con el famoso de Guadalupe, joya riquísima que tenemos guardada en lo más profundo de las sierras de Villuercas.

Se sube al templo, que está situado en el centro del pueblo, en la plaza principal, por una suavísima escalinata de veinte gradas sobre la que se levanta un elegante y espacioso átrio de piedra de cantería con dos balaustradas á derecha é izquierda, que salen fuera de su tendido muy cerca de sus dos terceras partes: el átrio con sus treinta varas de largo y veinte de ancho, con sus grandes barandillas y pavimento, todo perteneciente al orden ático, constituye soberbia entrada al templo y ornamento riquísimo para la población. El panorama que se distingue desde el átrio es indescriptible: las veinte gradas de la escalinata le constituyen en mayor altura que la plaza, divisándose aquella colina de montañas con su espléndida vegetación, que enagena el ánimo y le suspende,

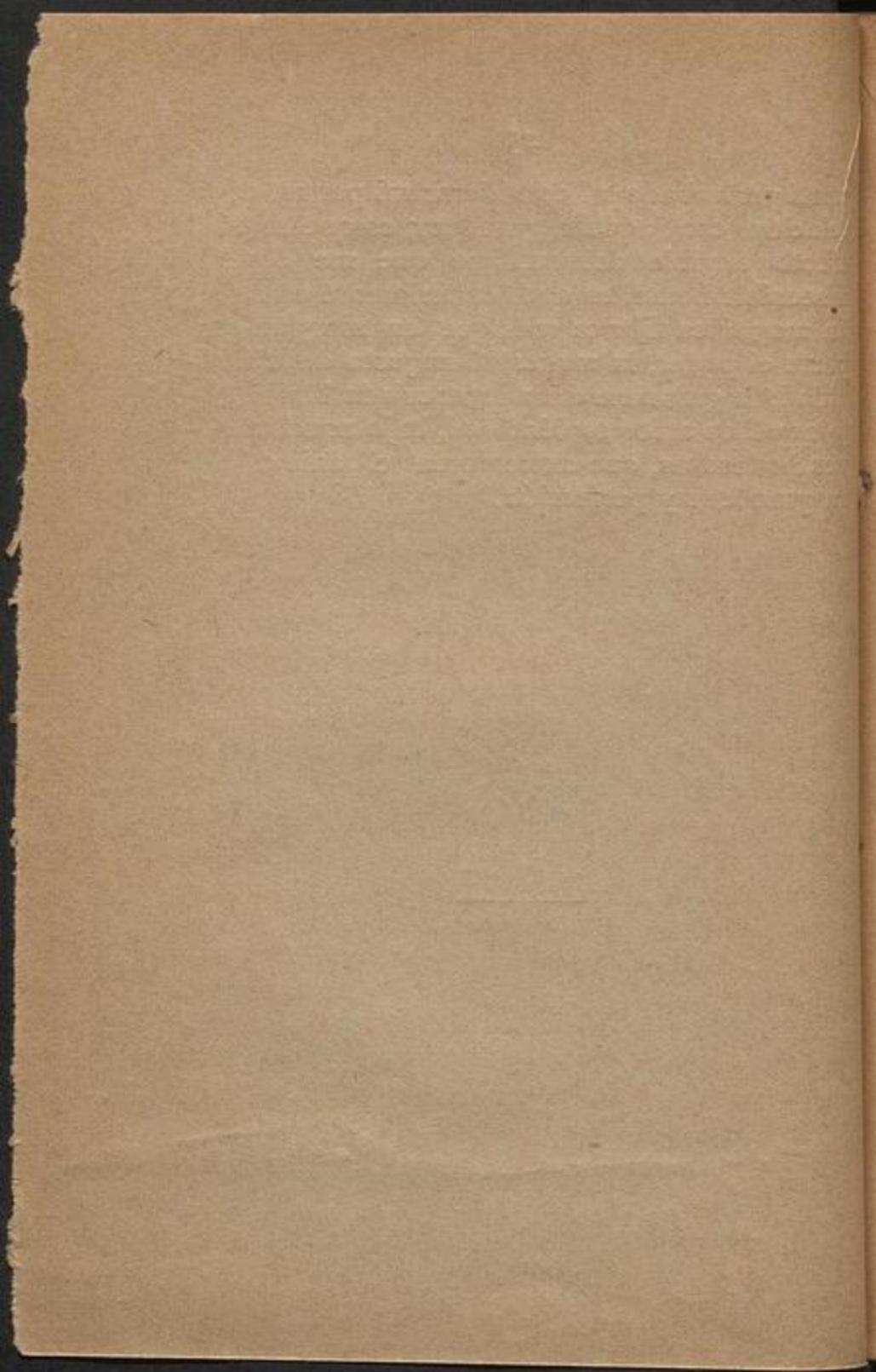
contemplando tanta belleza. Del átrio súbese á la iglesia por muy pocas gradas, en la que se entra por dos grandes y bellísimas portadas del orden gótico primitivo; pórticos soberbios con sus enormes puertas chapeadas de arriba á abajo con muy lindas láminas de bronce cinceladas en medios relieves, que representan los principales misterios de la Redención del hombre; lástima grande que se vayan deteriorando y destruyendo por partes esos preciosos trabajos en bronce de las puertas!

A los pórticos descritos sirven dos altas torres de mampostería que encierran la fachada principal de la fábrica, dando un bellissimo aspecto á esta parte de la Iglesia, tanto por la esbeltez de su construcción como por los muchos balcones que vuelan por esta fachada. Mas éntre conmigo en el Santuario: si magníficos son los preliminares, crea V. que supera á lo que uno puede concebir la magnificencia del templo. Entre el átrio y la Iglesia hay una hermosa nave con su linda capilla, Altar, coro, pila bautismal, fundación del famoso Caballero, presidente de Castilla, D. Alonso de Velasco, cuyo enterramiento y el de su mujer D.^a Isabel de Cuadros están al lado del Evangelio: aunque á primera vista no llama la atención esta nave, que pudiéramos llamar preliminar ó de entrada, es de bóveda y está admirablemente estofada á lo antiguo.

Y nos tiene V. con el pié en la primera grada de las tres que dan paso de esta nave de Santa Ana al Santuario: son de marmol muy rico y están bajo un arco elegantísimo, muy vistoso, lleno de molduras y primorosos lazos: á la derecha, en una pilastra que hace esquina á la pared, se conserva la piedra milagrosa que muchos años sirvió de peana á la veneranda imagen, piedra de grandísimo culto por parte del pueblo. Dos nichos, á derecha é izquierda, en los planos que resultan del grueso de la pared, por bajo de las impostas de ese gran arco de entrada, contienen las pinturas del Angel de la Guarda y del Nacimiento del Hijo de Dios, existiendo por bajo de este último el sepulcro de aquel famoso comentador de las Siete Partidas y su ilustrador magnífico, alcalde mayor de Guadalupe por mandato de Felipe II, el insigne Jurisconsulto, Licenciado Gregorio Lopez: algo más allá pude observar el sepulcro del ilustre arquitecto de este Santuario, el famoso Juan Alonso, Maestro mayor de la fábrica, según reza la inscripción que ostenta la lápida de su sepulcro *«Aquí yace Juan Alonso, Maestro que hizo esta Santa Iglesia»* Y ya estamos dentro del Santuario: yo no sé describir á V., mi querido amigo, la impresión profunda que hizo en mi espíritu la vista general de esta hermosa fábrica: es impresión inefable de respeto sin igual, de anonadamiento sumo: es que me

sentí perturbado al considerar mi pequeñez en relación con aquella grandeza; es que sentí el efecto terrible del sublime que me dominó insensiblemente, es que experimenté en aquella magnífica fábrica más que en ninguna otra parte el poder, la magestad augusta de la Divinidad, la grandeza de la Inmaculada María, bajo aquellos arcos espléndidos, bajo aquellas naves poderosas, que estremecen el ánimo con su grandeza y perfección.







III.

EXPONÍA á V., mi querido amigo, en mi anterior los encontrados afectos que se sucedían en mi espíritu al contemplar esta grandiosa fábrica ¡y qué dulcísimas impresiones recibí al tender mi vista asombrada por tanta maravilla, con tanta esbelta columna, con aquellos arcos elegantísimos, con aquellas robustas y bellísimas bóvedas repletas de ornamentación acabada y perfecta, con aquél cornisamento tan hermoso, con aquella multitud de primores imposible de describir: yo no sé por qué vino á mí en aquél momento el recuerdo de cierta conversación que tuvimos en día no lejano en la que conveníamos, al recordar las monumentales obras levantadas por la fé y el entusiasmo de aquellas generaciones que nos han precedido, más castizas, más españolas, más religiosas que la nuestra, que la incredulidad es

la causa principal, la causa eficiente de la perversion, de la decadencia del buen gusto artistico, de las obras del ingenio humano; no son los tiempos que corremos, tiempos de venal indiferentismo que entumescen el alma y matan la inspiracion artistica, los sentimientos nobles, las generosas y potentes iniciativas, los más aptos para levantar estas suntuosas fábricas que resurgieron del no ser á impulsos de la potencialidad infinita de la fé de aquellas generaciones; edificios tan robustos como la piedad de nuestros mayores; hoy nos contentamos con menos, que no es la religiosidad de nuestro siglo capaz de levantar catedrales como la famosa de Chartres y Sta. Gúdula de Bruselas, la magnífica de Reims y las no menos soberbias de Toledo y Sevilla.

De tres naves consta la famosa fábrica del Santuario de Guadalupe, en forma de cruz de perfecta y ajustada simetría y admirable proporción de las partes con el todo; según los datos allí adquiridos, tiene la fábrica de ancho noventa piés, elevándose la nave mayor, que es el centro, setenta y cinco y corriendo una longitud de ciento ochenta desde el altar mayor hasta el coro. Las naves laterales son mucho más cortas y bajas, lo que determina que la nave central ostenta toda su hermosura y gallardía; el estilo general de la obra es el gótico reformado, lleno de adornos y con tal proligidad en

la ornamentación que causa verdadera admiración su estudio.

Usted comprenderá, mi distinguido amigo, que ni sé ni puedo hacer un estudio detenido de tanta grandeza: me pidió V. impresiones de viaje y esas le mando, mal aderezadas como parto ingrato de mi tosco ingenio; no extrañará por ende la falta de método en la redacción de estas cuartillas.

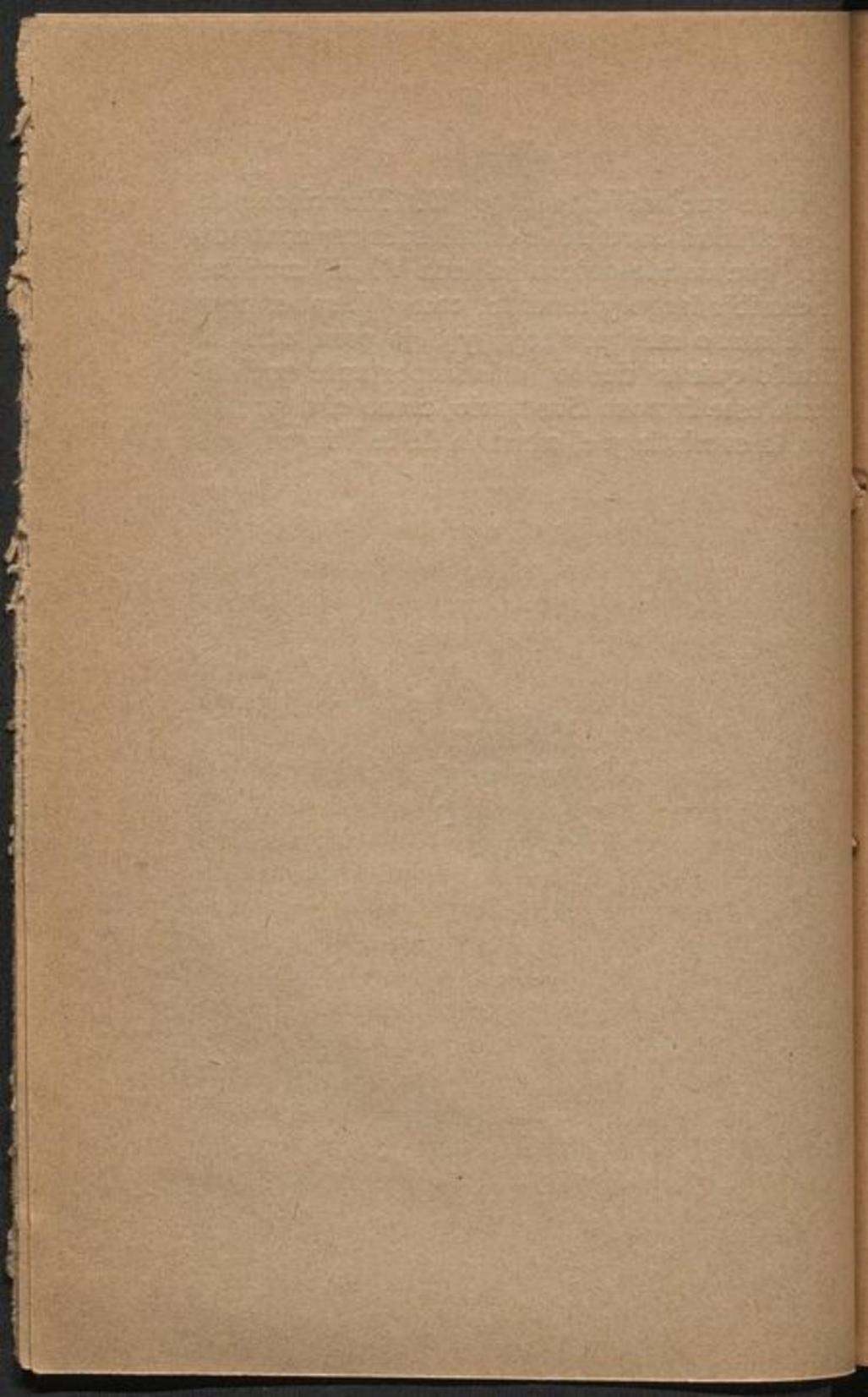
El estilo gótico, así llamado desde el famoso arquitecto de Florencia, el ilustre Vasari, ó el estilo neo-germánico es el dominante en esta construcción que consta de cuatro partes: la capilla y el altar mayor, el crucero, cuerpo de Iglesia y coro: el crucero divide la capilla mayor del cuerpo de la Iglesia que es magestuoso, ora por su elevación como por los cuatro magníficos arcos torales, á los que sostienen y dan vigor otros cuatro arcos menores que sirven de pechinas estribando en sus costados: los ocho arcos, que hacen un perfecto ochavo, sostienen el cornisamento de donde arranca una lucerna de treinta piés de altura, graciosísima y bien labrada, siguiendo este orden de construcción hasta el coro, cuyas bóvedas están sustentadas por cuatro arcos mayores y seis menores en los costados, estribados en seis fuertes columnas. El antecoro, ó coro de los legos, está asentado sobre cinco primorosos arcos que, arrancando de las dos últimas columnas, mantienen

tres bóvedas que cogen todo el ancho de la Iglesia: el efecto total de la construcción es admirable; pero siga V. conmigo en esta excursión, y verá V. como todo este cuerpo de Iglesia está separado por completo del crucero y capilla mayor por una obra magnífica: es una reja de hierro de mérito indiscutible, hermosísima, repleta de molduras, flores, ramos y otros adornos, cuyo forjado y labor á dos haces producen estupor y deleite al sentimiento.

El coro es magnífico: ochenta y cinco sillas, si mal no recuerdo, entre altas y bajas cuenta, todas de buen nogal, exquisitamente labradas con caprichosas molduras de talla entera y de medio relieve que representan imágenes de los Evangelistas, Apóstoles, Vírgenes y Confesores, siendo notabilísima la colección de libros de coro de severa corrección y exquisito gusto en sus iniciales y adornos, al gusto árabe y chino; á la entrada del coro se encuentra el famoso facistol sobredorado, chapeado de bronce con muy buenos adornos en el mismo metal. Refiero á V., por último, una particularidad notabilísima que encierra el coro que me llamó la atención profundamente; enfrente, sobre la silla del prior se vé un arco robusto que coge todo el ancho del coro y en el cual se adora una imagen hermosísima de la Virgen; está en línea recta con la Virgen del altar mayor y es obra de gran valor artístico.

No se quejará V., amigo D. Francisco, de mi prolijidad en referirle detalles; es tan acabado ésto, que donde quiera hallaría V. mil motivos de escribir largo y tendido, como V. sabe: pero no le canso más por hoy, y dejo para otra el estudio quizás de lo más importante que encierra este famoso Santuario, como el altar mayor, la sacristía y el camarín de la Virgen.







IV.

Es la sacristía del Real Santuario de Guadalupe la mejor pieza en su orden que se registra en la Historia de estas obras monumentales: en mi pobre entender es la joya más preciosa, de más subidos quilates é incalculable precio que tiene este famoso Santuario. Yo no sé describir á V. la emoción estética que sentí cuando por vez primera se deleitó mi espíritu con su vista admirable; lo que si sé decirle es que sentí esa impresión fuerte, dulcísima que experimenta el hombre á la contemplación de aquellas cosas ó fenómenos ante los cuales se considera inferior, infinitamente más pequeño, y que es como absorbido por sus grandezas, por sus magnificencias inenarrables; ese terror religioso, profundo, indicio fuerte de la existencia de la belleza en su más alto grado que no es el desequilibrio é inharmonía entre la esencia y la forma que la realiza, sino el orden ple-

no del ser revelado en las perfecciones de su naturaleza, en las realidades de su esencia: si sublime es el efecto que produce la vista de aquella hermosa sacristía con su incomparable grandeza, con los raudales de brillante luz que irradian sus hermosos ventanales, con los jaspes y mármoles de sus zócalos y pavimentos con los inimitables frescos y chimeneas de sus bóvedas, con los cuadros inmortales de Zurbarán y del *Spagnoletto* que allí se ostentan, formando tantas maravillas un todo harmónico de grandeza incomparable, de perfección exquisita y acabada.

¿Cree V., mi distinguido amigo, que exagero, que me dejo llevar de mi impresionabilidad natural al expresarme de ese modo tratándose de la sacristía de Guadalupe? pues procuraré describirsela á V., sintiendo sólo que mi pobre imaginación, siempre exhausta de frases retóricas, no me ayude con brillantes colores para pintar tal cual es esta soberbia pieza.

De tres partes se compone ó consta esta sacristía; el vestíbulo ó pieza de entrada, la sacristía propiamente dicha y la hermosa capilla de San Jerónimo que la cierra, teniendo en línea recta la totalidad del edificio setenta y dos pies de longitud por veinte y siete de ancho, coronado por una elegante bóveda de antigua crucería (gótica) riquísimamente fajeada de oro, ramos y follages de irreprochable gusto: por

bajo del cornisamento se ven cuadros magníficos de desconocidas firmas, siendo los más notables uno que representa el martirio de San Lorenzo y ostenta los caracteres que distinguen á la escuela del Ticiano, y otro una Dolorosa, imitación preciadísima del *Spagnoletto*. Es soberbia y digna de verse la monumental fuente que existe enfrente de la entrada, con su magnífica taza de jaspe serpentino de doce pies de largo por dos de ancho, que descansa en artísticas repisas con preciosos recuadros de variados jaspes. Cinco dorados grifos vierten sus aguas en la hermosa taza: de sus bordes arranca un cuadro perfecto de cuatro varas, de jaspes variados, en cuyos últimos perfiles estriba una portada también de jaspe con tres lindísimas pirámides, que sirve como de marco á una anchurosa vidriera por donde entra copiosa luz al vestíbulo: es preciosa toda la obra y digno preludio de las maravillas que el observador contemplará en la sacristía, cuya entrada está rasgada á la izquierda del vestíbulo y con la que coincide otra gran portada en su frente que dá paso al coro.

Y ya nos tiene V. contemplando extáticos la gran portada de la sacristía: sus dinteles y jambas son de jaspe serpentino azul rematando con un frontispicio de salpicados jaspes, en cuyo medio hay un escudo de talla en jaspe blanco, donde se leen cinceladas estas letras:

«*Deo Optimo Máximo, Virgini Sanctissime Matri Divoque Hieronimo Sacrum.*» Desde esta portada arranca la sacristía por un soberbio zócalo de jaspe labrado á pulimento que sostiene doce gruesos pedestales sobre los que gravita todo el peso de la fábrica, hecha según el orden toscano con algunos detalles dóricos, prosiguiendo con sus pilastras hasta el cornisamento, de donde mueve un prolongado cañón de cinco bóvedas con sus lunetas de medio relieve. Toda la bóveda en la parte media de cada una de las cinco que componen el cañón, hay un magnífico cuadro debido á la genialidad poderosa del gran pintor de la vida ascética, el ilustre Zurbarán, que trazó con su poderoso pincel pasos diversos de la vida del insigne Anacoreta y gran Doctor de la Iglesia S. Jerónimo.

Entre los pedestales de las pilastras se forman á cada lado cuatro nichos de tres varas de largo por una y media de ancho, que llenan magnífica cajonería de ébano y granado, adornados con florones de bronce dorados á fuego, donde se guardan las vestiduras sagradas, y en el plano que dejan los nichos hasta la cornisa, encima de los cajones, se encuentran ocho grandes cuadros debidos al pincel de Zurbarán con magníficas molduras en sus primorosos marcos; estos cuadros representan diferentes hechos de la vida de algunos religiosos y cuya explicación está contenida en unos preciosos

dísticos latinos de desconocidos autores y que no transcribo por su considerable extensión. Del mismo orden arquitectónico es la primorosa capilla de San Jerónimo que cierra la sacristía; su construcción es en forma de cruz con sus cuatro arcos torales, pilastras y boquillas que forman con sus pechinas un precioso anillo, de donde sube una media naranja y cierra con su lucerna coronada por un artístico florón del que pende la famosa lámpara que alumbraba la nave mandada por D. Juan de Austria en Lepanto.

En el testero de esta capilla, en la que tuve la dicha incomparable de celebrar el divino sacrificio, hay un espacioso altar de jaspes riquísimos y variados embutidos en un primoroso retablo de selecta talla, dorado, con dos cuerpos y seis esbeltas columnas del orden corintio. El cuerpo principal del retablo lo ocupa una artística estatua de San Jerónimo, de tamaño natural, desnudo de rodillas, elevada su vista á un crucifijo que sostiene con la siniestra mano y en actitud de golpear el pecho con una piedra, y de quién es obra tan admirable? Sin poder contestar categóricamente á esta pregunta, sólo diré á V. que tiene grande semejanza con el famoso San Jerónimo que se venera en su hermoso país, la sin par Sevilla. Todo es admirable en este altar, todo artístico; desde la pequeña miniatura que se registra en la puerta

del sagrario, obra del famoso Jerónimo Pedegalli, y las pinturas variadas y buenísimas que se ven en el rebajo que hacen los pedestales de las seis columnas corintias, obras de artistas procedentes del mismo monasterio hasta la famosa pintura de Zurbarán, que se ostenta en el frontispicio, allí en el cuerpo segundo del retablo, que es un cuadro con dos columnas estriadas con resaltes y molduras preciosas y que representa el tránsito de San Jerónimo rodeado de ángeles, todo tiene un valor inmenso bajo el punto de vista religioso y artístico, y para que nada faltara á tan admirable conjunto, se ven dos grandes lienzos en los lados de la capilla que los cierran por completo: el uno es de José de Ribera, el *Spagnoletto*, el artista aristócrata, el colorista famoso, el enamorado ardiente de la luz y de los colores, el maestro inimitable del pintor de los frescos del Escorial, el insigne Lucas Giordano, y discípulo é imitador entusiasta, primero del Correggio y luego del Caravaggio, que realizó artísticamente uno de los episodios más preciosos de la vida de San Jerónimo, sus tremendas flagelaciones, y en el otro lado un lienzo soberano del pintor insigne del rigor de la vida cenobítica, de las emociones dulcísimas de la vida del Claustro, el gran Zurbarán, que interpretó con su poderoso genio las tentaciones impuras sufridas por el gran santo en el desierto de la Siria.

Toda la capilla, como la sacristía, está pintada al temple por Zurbarán, quien prodigó tantísimo en este sagrado lugar las señales de su genio que donde quiera se notan las huellas de su poderosa inspiración artística. Qué le parece á usted, mi querido amigo, por la descripción que acabo de hacerle de la sacristía del Santuario de Guadalupe? Con razón le decía al principio que en España ninguno puede sostener paragón con ella bajo el punto de vista artístico, siquiera se llame y sea la magnífica y suntuosa del Escorial, embellecida por los frescos de incomparables artistas que se llamaron Fabricio y Granelio, y aún cuando en el testero del Sur brille aquella joya del arte monumental, el magnífico cuadro de *la sagrada forma* del inmortal Claudio Coello.





V.

YA vió V. en mi anterior lo que es y lo que vale la hermosa sacristía del Real Santuario de Guadalupe, verdadero joyel de artísticas preciosidades que la piedad religiosa ha encerrado en ese sagrado recinto. Y aún cuando yo siempre tuve la convicción firmísima de que las bellas artes, como todo lo que se relacione con el progreso del humano espíritu al través de los tiempos, es debido en su totalidad á la influencia benéfica y eminentemente civilizadora de la Iglesia católica, corroboróse esta mi fé profunda en sus destinos civilizadores al examinar tantos prodigios aquí acumulados, tantas bellezas artísticas puestas al servicio exclusivo de la idea cristiana. ¿Quién ignora, por ventura, que los inmortales monumentos del arte, esas asombrosas creaciones, producto de esa chispa divina que centellea en la frente del génio, fueron

consagradas sin reserva alguna al espíritu religioso, que sólo para él vivieron y de él tomaron aquella sávia bendita, causa eficiente de su eterna vitalidad? Díganlo si no la *Divina Comedia* del Dante y el *Parcival*; el *Stabat Mater* de Jacopone de Todi y el sublime *Dies iræ* de Tomás de Celano; los himnos celestiales de San Ambrosio y de Santo Tomás, como los divinos cánticos de San Gregorio Magno, las inmortales composiciones de Palestrina, los cuadros de Fray Angélico, Murillo, Owerbeck, Cornelius y Jübrich, los trabajos en mármol de Achtermans; las creaciones eternas de Segneri y Bossuet, Wisseman y Mac-Carlhi, las soberbias catedrales de Strasburgo y Colonia, Chartres, Milán, Burgos y Toledo, monumentales creaciones que atestiguan nuestra creencia é indicio fuerte de la acción benéfica del cristianismo en todas las manifestaciones del espíritu humano; dígalo esta magnífica Iglesia que agota en su sagrado recinto, si cabe la frase, la genialidad poderosa de artistas como Zurbarán y el *Spagnoletto* que dejaron muestras de su inspiración artística en la suntuosa y sin igual sacristia de este santuario. Y si de todas las bellas artes se predica lo que acabamos de exponer, la pintura, mi querido amigo, como arte bello, es hija directa del espíritu cristiano. Cupo en la antigüedad el desarrollo magnífico, si bien no perfecto, de otras manifestaciones del espíritu hu-

mano; cupo sobre todo el desarrollo de aquella bella arte que es por su misma naturaleza la poesía visible y exterior de los pueblos, el alma de sus vetustos monumentos decorados con ilustres notabilidades ó representaciones magníficas de la Religión, de la ciencia, del valor, del heroísmo, de la Patria; de aquella bella arte, que quiere que sus creaciones sean oreadas por la pura brisa de la mañana y vivificadas y vigorizadas por los ardientes rayos del Sol en las plazas públicas ó que brillen en la silenciosa y solemne magestad de los templos, porque desde allí habla alto y desde lejos el lenguaje de los hechos, de los hombres y de los grandes ideales; es el arte que simboliza el individuo humano en armoniosa fusión de fondo y forma, prototipo de la belleza antigua, mas incapaz de representar profundamente las ideas nuevas, los nuevos sentimientos aportados por el cristianismo, inepta para expresar todas las fases de la existencia y especialmente la vida íntima del hombre.

¡Cómo era posible que *expresara* aquel arte artífugo el amor purísimo, ideal centella de luz celestial impresa en el espíritu humano con significación desconocida en la civilización clásica, la fé profunda, el libre albedrío, la esperanza en otra vida, el martirio y la penitencia, las ideas claras de la divinidad y el conocimiento exacto de los destinos humanos, cómo era

posible, repito, que todo eso que constituye el fondo moral introducido por el cristianismo fuera expresado por la simple forma en sí, con la materia en su realidad sensible?

Proclamóse la superioridad de lo espiritual sobre lo corporal, predicóse la divina doctrina de los destinos providenciales del hombre, la moral purísima del cristianismo, su elevadísimo dogma, y se desarrolla la pintura, toma bríos, adquiere vigor soberano con tan celestiales ideales y se presenta en el estadio de las artes bellas armada de todas armas para significar el espíritu más profunda é individualmente, para ofrecer un carácter más personal, una sensibilidad mayor y más exquisita, pasiones más pronunciadas y situaciones más vitales, con el uso bien combinado de la luz, luz que es creación suya, que es el principio del color con sus profundas oposiciones, sus variados matices y delicados tintes. ¿Qué extraño es por ende, que hija del espíritu cristiano, á él sólo haya servido dejando en la Historia esos eternos modelos, admiración y pasmo de los inteligentes, recreo purísimo del espíritu humano que ve en ella realizada la pura y sobrenatural belleza?

Buena prueba de esto es, mi distinguido amigo, el camarín de la Virgen de Guadalupe, bellísima pieza que puede competir, si no supera, con la soberbia Sacristía del famoso Santuario. Crea Vd. que deslumbra tanta grandeza; al

examinar, como Vd. vió en la carta anterior, las preciosidades de la Sacristía, no pensaba que pudiera darse cosa más rica, más notable, que causara más asombro su investigación; mas crece el pasmo en mi espíritu al observar y estudiar las riquezas artísticas del camarín de la Virgen con sus adornos al fresco que cubren los espacios, con sus preciosos cuadros de flamencos florones, con los medios puntos de sus portadas, los magníficos cuadros del inmortal Lucas Giordano, del pintor insigne que puso su potente inspiración para expresar en lo posible la pureza inmaculada de la Reina de la belleza, con sus soberbias esculturas y preciosidades sin cuento. Mas dispense Vd., mi querido amigo, veo que va resultando un poco larga la presente, y en mi ánimo de no hacer pesadas estas indigestas croniquillas, hago punto final y dejo para otra ocasión el continuar el indicado asunto.





VI.

YRES puertas se registran en la Capilla y nave de Santa Catalina, todas guardandó perfecta y harmónica simetría, todas realizando una vasta y hermosísima concepción arquitectónica: la de la izquierda dá paso á la famosa sacristía, la del centro al Santuario de las reliquias, donde se conservan en artísticos estuches, venerandas, numerosísimas reliquias y la de la derecha, ó sea al lado del Evangelio, comunica con el camarín de la Virgen bendita de Guadalupe. Nada le diré, mi distinguido amigo, en mi deseo vivísimo de que admire V. pronto tan soberbia fábrica, de la suntuosa escalera de pasos de marmol, de una sola pieza, guarnecida de primoroso zócalo que imita admirablemente jaspes riquísimos, cuando no es sino de resaltado estuco y que conduce por un cañon de bóveda plano á una elegante y amplia meseta, á la mitad de la altura, profusamente iluminada con

los torrentes de luz vivísima que entra por unos elegantes ventanales en dos órdenes colocados; tampoco le diré nada de la balaustrada magnífica de bruñido bronce dorado que corre al costado derecho de la escalera, balaustrada admirable y riquísima asentada en caja de marmol negro y de irreprochable gusto corintio; pasará por alto el estudio de su bóveda lindísima, con centro plano de sencillas, pero elegantes labores de yeso, así como la colección de cuadros de distintas épocas, que si no son de gran mérito artístico, representan con la más pura piedad y profunda unción religiosa la historia toda de la Inmaculada María: le hablaré sólo hoy del camarín de la Virgen, en cuya puerta estamos.

A la derecha del último plano de la escalera se forma un espacio del hueco de la misma: ahí está la portada del camarín de la Virgen, ahí las cinco soberbias puertas de cedro rosa y caoba construidas á media talla á dos fases, digna entrada de tan excelente pieza.

La impresión que produce al observador la vista del camarín es de asombro extraordinario, es de religioso y profundo respeto; es que causa admiración y siente uno en su espíritu el efecto psicológico del sublime que le aterra gustosamente, que le conmueve, que le lleva como de la mano á sentir las grandezas del Omnipotente; es que el corazón se siente vigorizado en su fé profunda con la gratísima y briosa

impresión que le produce la vista de aquél admirable conjunto de exquisita y artística figura, de aquella misteriosa luz que baña suavemente y da vida á las preciosidades artísticas allí encerradas, de aquél suavísimo y fragante aroma que allí se respira y que trasporta al hombre á otras regiones más puras, haciéndole enmudecer, dejándole absorto, sumido en profundas meditaciones religiosas, haciéndole caer de rodillas y elevar una ferviente súplica á aquella bendita Señora, á la que están consagradas tantas grandezas, la que ha inspirado con su belleza soberana la genialidad de insignes artistas que consagraron sus talentos á dignificarla y perpetuar sus alabanzas y régias prerrogativas con sus mágicos pinceles.

Yo no quisiera, mi distinguido amigo, distraer su atención describiéndole minuciosamente esta maravilla de la Religión y del Arte; gustárame más, infinitamente más, exponerle las impresiones dulcísimas que produce aquella suntuosa fábrica en su admirable conjunto y en sus artísticos detalles; pero no cumpliría así la palabra empeñada de reseñarle, siquiera brevemente, el santuario de Guadalupe.

Un crucero precioso de dos elipses pronunciadamente excéntricas y de forma distinta, como ve V. en los edificios todos de esta clase, constituye el camarín: el diámetro mayor tiene diez y seis varas por seis que tiene el me-

nor, resultando de su intersección cuatro ángulos entrantes, cerrados para el mayor efecto artístico, sobre los que se eleva un hermoso cuerpo de ventanas formando ochavo que cierra una media naranja. El pavimento y el zócalo, que tiene dos tercias de altura, son de jaspero rojo, carmín y sangre leche y de otros colores intermedios, siendo admirables los adornos de toda la obra con sus excelentes cornisas, sus vaciadas pilastras, sus recuadros variados y adornos primorosísimos de talla, con especialidad las pechinas que ostentan cuatro magníficos escudos con las Armas de la Virgen y del insigne anacoreta San Jerónimo.

No es mi ánimo hacer pesadas estas mal pergeñadas cuartillas, con descripciones técnicas que molestan la atención y cansan el ánimo mejor dispuesto; sólo diré á V. que todo aquello es completo, todo artístico, desde los adornos al fresco que cubren los planos del camarín, hasta los soberbios florones flamencos de exquisito gusto y vigoroso colorido; desde los medios puntos de las portadas hasta los centros de las columnas planas que comparten la idea arqueológica del edificio; desde los cuatro arcos que suben tres varas por cima de la cornisa hasta el mismo anillo de la primorosa lucerna todo es magnífico, todo contribuye al mejor efecto artístico, aumentando su belleza los adornos variadísimos de espejos, los preciosos

dibujos pintados al temple, las molduras primorosas de las cenefas y las molduras de las cuatro conchas que se registran bajo los arcos, que corresponden á los extremos de las elipses, de exquisita labor y gusto irreprochable.

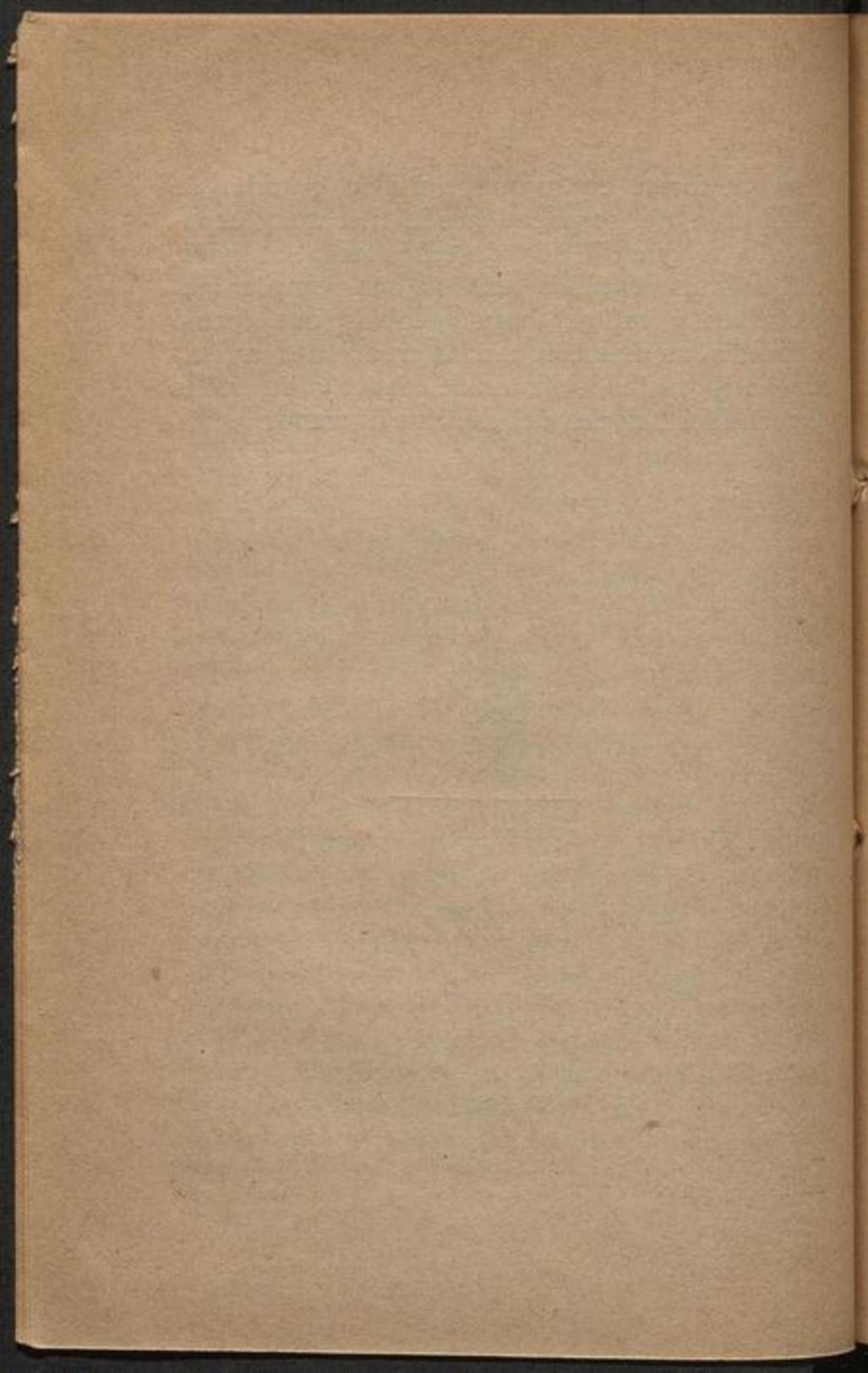
En cada uno de los pilastrones sobre que se mueven los cuatro arcos torales, ó sea en las facetas de los ángulos entrantes que hacen las veces de intercolumnios, se ven dos hornacinas de más de dos varas, con hermosos cristales en bastidores, que contienen ocho estatuas primorosas de mujeres insignes del Testamento Antiguo, de madera pintada al temple con ropaje oriental colocadas en repisas de relieve doradas: esculturas magníficas que combinadas con la pintura, realizan armoniosamente el brillante pensamiento del artista, y dada su acabada perfección, no se desdeñarían de estampar sus firmas en ellas los Miguel Angel y los Torriggiano, los Martinez Montañés, Berruguete, Alonso Cano, Pedro de Mena, Carmona, Gaspar de Berra y otros distinguidos artistas, honra y prez del nobilísimo arte de la escultura. *Sahara* la madre de Isaac y *María* la profetisa, hermana de Moisés y Aarón; *Esther* esclava y reina libertadora del pueblo escogido, y símbolo soberano de la Madre de Dios, y *Débora* la vencedora insigne de Sisara: *Fael* la intrépida vengadora del pueblo de Israel, en la persona de Sisara y la *Fudith* fuerte que libró á su pueblo

de las asechanzas de Holofernes, dándole muerte; la Moabita *Ruth* ascendiente de la Virgen y *Abigail* la Prudente, que templó las iras del gran Profeta contra el miserable Naval, todos símbolos magníficos de la Inmaculada María, todas representaciones en el tiempo de cualidades y dones que había de reunir y compendiar y sintetizar avalorándolos, dignificándolos, ampliándolos hasta lo infinito la Virgen pura inmaculada, reina de la belleza.

Esas son, mi distinguido amigo, las ocho admirables esculturas que se registran en el camarín de la Virgen de Guadalupe: inspiraciones soberanas del Testamento Antiguo, de ese gran libro divinamente inspirado, donde fueron a beber sus divinas armonías los más grandes poetas del mundo, que robustecieron sus gigantes inspiraciones en su vigorosa elocuencia, en sus tremendas imprecaciones, en aquellos arranques sublimes y suavísimos acentos de encendida caridad y amor castísimo; libro divino que prestó los raudales de sus místicas, vigorosas y sobrenaturales melodías, al genio sublime del inmortal Dante, que enseñó á modular sus gemidos al Petrarca, que prestó sus resplandores al insigne poeta de Sorrentos, que dió ocasión é inspiración magnífica al ilustre cantor del *Paraiso perdido*; libro que inspiró aquellos grandes artistas españoles que se llamaron Fray Luis de León y Herrera, y Calderón de la Barca, li-

bro que formó en lo que tiene de grande, de admirable, de sorprendente la literatura española, á la que dió sus destellos más sublimes, sus más espléndidos atavíos, sus pompas innarrables y santas magnificencias, que formó é inspiró las más estupendas creaciones artísticas en todos los órdenes de cosas y en todas las manifestaciones del espíritu humano.







VII.

SI el artista, mi distinguido amigo, quiere sentir, crear, juzgar y ejecutar lo bello, es necesario en absoluto que posea un profundo sentimiento artístico, que se encuentre inspirado ó que reúna todo aquello que es preciso para crear, que tenga talento para juzgar las creaciones artísticas y que sea habilísimo desde el punto de vista técnico; el artista que tales condiciones reuniera y ejecutara sus obras de una manera harmónica, sería un génio del arte. Y no crea Vd. que yo entiendo por entusiasmo artístico ese ardor pasajero, quizás febril é irreflexivo que siente el hombre por una idea esplendorosa ó por un hecho de proporciones ingentes desde el punto de vista histórico; no, el entusiasmo es algo más que eso, es el vigor brioso que arrebató el espíritu del

hombre; es una chispa ignea que calienta y tonifica nuestra alma; es aquella preciosa y harmónica fusión de todas las actividades del espíritu que dispone al hombre á la realización de aquellas grandes empresas, que pasman y hacen sentir el efecto vigoroso, aterrador, si bien agradabilísimo, de la belleza en su más alto grado de plenitud y de vida, entusiasmo que es causa eficiente de aquella actividad tenaz y perseverante que distinguieron tanto á Petrarca y Dante, á Calderón, Miguel Angel, Rafael, Herrera, Velázquez, Murillo, Salinas y Beethoven, Mozart, Bellini y Donicetti, á aquellos grandes artistas, cuyas almas vivieron siempre al calor que brotaba de los respectivos ideales que perseguían y cultivaban.

La inspiración es hija natural del entusiasmo y condición precisa para la creación artística; hay tales analogías y directas relaciones entre ese *quid divinum* ó inspiración y el génio, que para mí entiendo que son dos ideas enteramente correlativas; que si esa inspiración es la idea, el génio es la condición precisa para la vida realizada y externa de esa idea. Quién osará poner en tela de juicio que la contemplación de las bellezas naturales, reflejos de la increada y eterna belleza, de aquel *Ser* que es infinitamente bello porque es infinitamente bueno, si produce entusiasmos y deleites artísticos pasajeros y mudables en la inmensa mayoría de los

hombres, descubre en ellas el artista de génio leyes ignoradas como aconteció con Newton y Galileo, crea las maravillas y bellezas inenarrables del Ramayana; la sinfonía pastoral de Beethoven, que produce la Iliada, la Eneida y la Divina Comedia, el Hamlet y el Oteló, la Vida es sueño, el Mágico prodigioso y el Alcalde de Zalamea, las Catedrales góticas y los himnos del Spagnoletto, las creaciones artísticas como el San Francisco de Pedro de Mena y la estatua yacente del cardenal Tavera de Berruguete, artistas inimitables que, alumbrados por la chispa centelleante del génio, hicieron hablar con el más elocuente de los lenguajes á la ciencia, á la poesía épica, á la lírica y la dramática, al bronce y al mármol, á los colores y á los sonidos, traduciendo ideas y perpetuándolas, legando á la posteridad las inmortales creaciones de su esplendoroso génio; reveladores de la increada y sustancial belleza?

El talento y la habilidad técnica ó conocimiento exacto y profundo del arte que cultiva, complementa y perfecciona la inspiración y el entusiasmo artístico; qué imperfecta sería la obra del génio si no estuviera regulada su espontaneidad y originalidad vigorosas por esa preciosa facultad, que relaciona de una manera acabada y harmónica la noción especulativa y práctica y si no tuviera en toda su plenitud, dentro de los límites que impone la misma hu-

mana naturaleza, el *talento de ejecución* ó habilidad técnica.

Y no crea Vd., mi distinguido amigo, que me aparto con éstas al parecer digresiones del objetivo y finalidad de estas desaliñadas épístolas: que precisaba lo que antecede para avalorar y formar juicio crítico perfecto de las inmortales obras pictóricas que exornan como trofeo magnífico, rendido á la Soberana Virgen en testimonio profundo de amor y veneración, el precioso camarín de Guadalupe. Lucas Jordano, el llamado por sus contemporáneos *Fra Presto*, por la rapidez en realizar sus famosas concepciones, el ilustre artista que interpretó como ninguno la cualidad más preciada, el adorno más soberano de la Virgen bendita, su inmaculada pureza, fué el encargado por el rey prudente, el gran Felipe, de pintar el camarín de la Virgen de Guadalupe, de perpetuar sus grandezas inenarrables, de dejar allí para las generaciones sucesivas, como en holocausto de amor intenso, las muestras más preciadas de su poderosa é ingente genialidad artística.

Ahí tiene Vd., señor Director, un dato primoroso para la historia de las Bellas Artes, como para la Historia toda del gran movimiento literario, científico y artístico que se realizó en nuestra antaño grande y poderosa y hoy pobre y desgraciada España, entonces regida por la vigorosa mano de aquel monarca insigne tan

menospreciado por literatos é historiadores intensos de este desdichado país, que le es preciso una elevada crítica histórica extranjera para afirmar categóricamente sus grandes y tradicionales glorias históricas desconocidas, negadas y calumniadas por la generalidad de nuestros escritores. Quien conoce á Felipe II en los trabajos de la generalidad de los españoles de este siglo que ponen todo su empeño en denigrar aquel gran carácter, que brilla hoy con los centelleantes resplandores que despiden sus insignes cualidades, merced á los eximios trabajos de investigación histórica de Baum Tark y Migne, de Mony y de Prescott, de Carlos Graus, Genti y Gachard, escritores protestantes ó racionalistas que vuelven por los fueros de la verdad histórica y por cuyos trabajos críticos conocemos al gran Felipe tal cual es y no como se empeña en pintarlo la Historia novelera del día con sus puntas y ribetes del más rabioso progresismo?

Felipe II fué el ilustre Mecenas de aquella pléyade insigne de grandes artistas que formaron el siglo de oro de las letras y de las artes españolas, el magnífico y espléndido remunerador de los grandes maestros nacionales y extranjeros, el primer monarca español y casi único que mostró verdadero amor á las Bellas Artes, despertando con sus poderosas iniciativas afición sorprendente á las mismas. La his-

toria de las inmortales creaciones de Sanchez Coello, de Antonio Moro; de Pantoja de la Cruz, de Navarrete y de Federico Lucaro; de Carbajal, Barroso, de Theotocopouli el *Greco*, de Pelegrin Tibaldi, Bartolomé Carducci, Los Leoni y Fabricio y Graniclo; de Bautista de Toledo y el inmortal Herrera, de Jacome Trezzo, Andrés de León, Julian de Fuentilsalz, Enrique Ageas, Giordano y otros mil, es la Historia de Felipe II, alma de artista y enamorado profundo de la verdadera cultura española.

El fué el que envió á sus expensas al napolitano é insigne pintor Lucas Giordano á exornar el camarín de la Virgen de Guadalupe con las producciones inmortales de su genio, y no se equivocó el gran monarca al apreciar el mérito insigne de tan eximio artista: que allí están sus creaciones, pasmo de los inteligentes, reveladoras de un consumado artista.

Si el gran Murillo, príncipe indiscutible de la pintura religiosa, se distingue por la frescura del color, la placidez de sus asuntos, la suavidad y dulzura de sus toques que revelan que el que así pintaba y de esa manera sentía y pensaba era un ángel, y buena prueba de ella son sus magníficas Concepciones; y si Zurbarán es el pintor asceta, rigorista, de espíritu sombrío para el que la vida es una expiación terrible, guardando consonancia con esta peculiar manera de ser sus vigorosos y sombríos to-

nos como puede verse en su celebrado San Bruno, revelador de su personalidad artística, y si el gran Morales es el pintor dogmático, el intérprete fidelísimo, el que ha sabido trasladar al lienzo como ninguno la sublimidad infinita del dolor divino del hijo de Dios, Lucas Giordano es el pintor por excelencia, indiscutible, de la pureza de la Virgen. Sus nueve soberbios lienzos de once pies de alto por seis y medio de ancho que se conservan en el camarín de Guadalupe acreditan nuestra anterior afirmación; todos exquisitos, todos admirables, por la valentía y variedad en el dibujo, por la expresión particular en los semblantes, por la fuerza del colorido en sus figuras, por la vigorosa inspiración que en ellos campea, y, por último, por la habilidad técnica en la ejecución de aquellas admirables creaciones.

Los nueve cuadros representan la historia de la Virgen, sobresaliendo entre todos tres magníficos que muestran la *Asunción* de nuestra Señora, sus *Desposorios* y la *Visitación* á su prima Santa Isabel, obras preciosas que son joyas monumentales de la pintura religiosa y que demuestran la vigorosa genialidad artística del insigne Lucas Giordano.

Este es, mi querido amigo, el camarín de la Virgen en sus partes principales, digno vestíbulo del oratorio de la Virgen, á cuyos pies iremos otro día á postrarnos reverentes y á co-

nocer la Inmaculada María, en cuyo honor tantas grandezas acumuló el genio de las artes en otras más venturosas épocas.





VIII.

Y aquí me tiene V., mi querido amigo, confuso, verdaderamente aturdido por sensaciones tan diversas, puesto el pié en el dintel de la puerta que dá paso del camarín al oratorio ó Capilla donde está la veneranda imagen de la Santísima Virgen Guadalupense: mi espíritu ha saboreado las más dulces y variadas emociones estéticas, ha sentido profundamente los efectos psicológicos de la belleza realizada por el genio de las Artes, contemplando tanta obra admirable, tanta prodigiosa creación artística aquí acumuladas, que hicieron exclamar á un piadoso rey de la dinastía Austriaca: «de buen grado cambiaría yo la esplendorosa corona de Rey de la noble España por las llaves del camarín de la Virgen de Guadalupe». Y así como es imposible pasar junto á las rosas que se columpian gentiles en sus delicados tallos, co-

ronando la verde hojarasca entre una multitud de vistosos y encendidos capullos, sin que nuestros ojos se pongan en sus perfumados calices con infinita delicia, sin que nuestros labios sientan deseos de posarse en sus pétalos suaves, sin que nos agujonee el anhelo de arrancarlas para disfrutar más tiempo de sus fugaces hechizos y riquísimos perfumes, así mi espíritu no se atrevía á dejar este bendito lugar, ávido de aspirar tanta belleza, ansioso de contemplar tanta exquisita obra de arte, de saborear ese perfume tan exquisito que despedían aquellas inmortales creaciones del genio, perfumes, místicos aromas que subían como los espirales del incienso, como los vapores de la tarde como las melodías de las oraciones de los justos hasta el trono de aquella Virgen bendita, Imaculada madre del amor hermoso é indiscutible Emperatriz y soberana Omnipotente de la belleza.

Qué quiere V. que le diga mi distinguido amigo, que no resulte pálido, pobre de vida, escaso de fuerzas descriptivas al hablarle hoy, en esta mal pergeñada croniquilla de la Virgen pura de Guadalupe á la que están consagradas, como en holocausto de amor intensísimo, tantas inenarrables grandezas é innumerables preciosidades artísticas, de aquella Señora que llena con los centelleos divinos de su incomparable sublimidad, que da vigor, tono, luz, resplando-

res esplendorosos de belleza á toda aquella colossal obra, hecha á su servicio en la que el génio ha colocado á sus piés los rasgos, las creaciones más poderosas, más ingentes, más notables de su soberana y artística personalidad?  Ah! quién poseyera la vigorosa y admirable fuerza pictórica, el brío descriptivo literario de un Chateaubriand   de un Lamartine, su fresca y lozana imaginación para describir   V. menos indignamente el oratorio de la Virgen de Guadalupe: entonces mi trabajo sería una flor humilde, s , pero salida del corazón que la depositaría gustos simo y devoto en el trono de la Virgen bendita, como ofrenda de amor inmenso, de filial y devot simo cariño.

En medio de una de las partes cóncavas del camar n, all  al poniente y en el trono de la Virgen, hay una Capilla pequeña perfectamente elíptica, cerrada por un bastidor alambrado, grueso, de plata, con su correspondiente marco dorado y de talla preciosa, sobre el cual se levanta un magnífico pabellón de damasco carmesí de Florencia y que cubre el hueco del pórtico que da paso   la misma Capilla y antecede al trono de la Virgen: ajustados   la concavidad de la elipse que forma éste tránsito, se ven dos altares dedicados uno   S. Joaquín y el otro   Santa Ana, padres venturosos de *María*: no tienen gran mérito artístico, pero sí sorprende la primorosa talla que ostentan sus retablos, sus

múltiples y variadas molduras en lazos, flores, hojarasca y ángeles en fondo de oro: sus frontales son de pintado estuco imitando dibujos floreados de seda. Ovalada es también la cúpula de esta capillita que está toda pintada al fresco, viéndose en los adornos pictóricos de las paredes, obras de artistas posteriores al siglo XVI, y del florón que está en medio de la cúpula, cuelga una soberbia araña de oro con seis luces, embutida muy lindamente, de piedra cornalina, araña que obsequió á la bendita Virgen de Guadalupe la excelentísima casa de Leganés. Delante de la Virgen, frente al pórtico de entrada, corre un dorado bastidor de cristales fuertes y medio punto de talla, por donde se pasa al trono de la Virgen, que está situado en un arco que sigue todo el grueso de la pared de la fábrica del altar mayor, de ocho pies de largo por cinco de ancho y diez de alto, tapizado de terciopelo carmesí con franjas é inscripciones de oro en el fondo. Multitud de ángeles pintados al temple y en actitud de entonar el cántico de *Regina caeli Latate* y dos pinturas hermosas de San Leandro, arzobispo hispalense, completan el decorado de aquella mansión augusta, de aquel trono magnífico en el que se ostenta la Virgen de Guadalupe.





IX.

La Virgen Santa, la bendita Virgen de Guadalupe! ¿Quién no ha sentido al verla, quién no ha experimentado al contemplar su rostro divino, allí en lo más hondo de su espíritu, esa emoción dulcísima é innegable que produce lo sobrenatural; quién no ha sentido en su corazón levantarse jigante y hermoso el sentimiento del amor, del respeto, del filial cariño, en su inteligencia una claridad deslumbradora, ingente, producida por la vista de aquella aureola de vivos centelleos, de radios luminosos que irradia la Señora; producirse en su alma esa emoción de dulce y respetuoso encogimiento natural, efecto de la presencia de lo sobrenatural y divino? atrás el espíritu observador y crítico; atrás el ojo avizor que indaga, busca é inquiere las bellezas y primores que en derredor de esa bendita Virgen amontonara la piedad de

siete largas centurias; delante de la Virgen de Guadalupe, ofuscado mi espíritu por los resplandores centelleantes de su inmaculada belleza, por los soberanos esplendores de su majestad soberana, sentí ese recogimiento misterioso, inexplicable, de respeto, de amor profundo que me hizo caer de rodillas quizás en el mismo sitio en que el rey conquistador de Granada y la gran Isabel la Católica, la descubridora insigne del nuevo continente, tributaran los homenajes de su amor intenso, de su profunda piedad á la Virgen de Guadalupe; quizás en el mismo sitio en que Carlos I el guerrero y Felipe II el prudente depositaran al lado de sus oraciones humildísimas sus poderosos cetros en respetuosa señal de acatamiento y amor; donde doblaron sus rodillas y extasiaron sus espíritus elevando sus preces á la Virgen Santa, aquel insigne hombre de estado, espejo y lumbre del verdadero político Español, el humilde fraile Giménez de Cisneros, el vencedor insigne de Orán, de Trípoli y Bugía, y el ilustre príncipe de Amalfi experto marino, Juan Andrés Doria que inmortalizó su preclaro nombre en las revueltas aguas del golfo de Lepanto: y Felipe III y Felipe IV; y el caballeroso é infortunado rey Lusitano D. Sebastián, épicamente vencido y muerto en la gloriosa rota de Azarquiver; y el famoso vencedor de Lepanto y de las Alpujarras y prudente Go-

bernador de Flandes D. Juan de Austria, el caudillo insigne vencedor de Motezuma y Otumba conquistador de un dilatado imperio, florón muy preciado de la corona de Castilla el insigne hijo de Medellín Hernán Cortés; y el ilustre Pizarro, conquistador del Perú; donde quizás depositara sus grillos y cadenas de Argel el ingenio más insigne, más portentoso, honra y prez de la literatura universal, el famoso autor del Quijote y de las novelas ejemplares, el inmortal manco de Lepanto Miguel de Cervantes y Saavedra; donde oró y adquirió la fortaleza su pujante brazo el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, conquistador de Nápoles y vencedor en Granada, y el famoso Conde Navarro y el Duque de Alba y el legendario héroe Lusitano, conquistador de Goa Juan Alonso de Alburquerque; donde vinieron á aumentar sus preclaras virtudes, á los piés de la bendita Virgen de Guadalupe San Vicente Ferrer, San Juan de Dios y la heroína insigne, la mujer excelsa, gloria del Santoral español y honor insigne de las castellanas letras, la sapientísima doctora Santa Teresa de Jesús, y tantos otros de todas categorías y condiciones: y de mi pecho brotó una plegaria á la Virgen bendita en la que la rogaba y pedía muchas cosas; entre otras, por la salvación de esta pobre España, por su regeneración y engrandecimiento, porque otra vez sea grande como lo fué cuan-

do la Inmaculada reinaba en los corazones españoles; por que se arrepienta de sus grandes iniquidades, que la han conducido llena de vergüenza á ser el oprobio de las naciones que al verla apartarse de sus tradicionales y salvadores principios históricos que constituían la vida de su vida y su modo de ser especial en la historia, ajaron su dignidad, hicieron trizas su manto soberano, se llevaron entre sus garras los trozos de su espléndida púrpura, la despojaron de aquellas colonias descubiertas y civilizadas por nuestros mayores; la pedía con todo mi corazón que la hiciera salir de este marasmo ignominioso que atosiga su espíritu y la incapacita para su completa regeneración de este excepticismo mortal en que se halla adormecida hasta el punto de no dar muestra de dolor ni de rabia inmensa al sentir el tremendo latigazo que cruzó su noble rostro como si fuera vil esclava, sin que la protesta, la furiosa indignación, la rabia más ingente, despertara su noble y rudo orgullo, su altiva independencia, su ingénito valor é hiciera trizas con sus poderosas garras á los menguados que en tal estado la pusieron.

¿Y me pide Vd., mi distinguido amigo, que le describa cómo es la Virgen de Guadalupe?

Yo le contestaría con el gran Novalis, el más delicado de los artistas conocidos, que yo veía expresada á María en mil imágenes, y sin

embargo ninguna de ellas la representaba como mi alma la percibía. Sólo desde que llegué á contemplar la bendita Virgen de Guadalupe, «el ruido del mundo se desvanece ante mí cual vano sueño y que un cielo inefablemente más dulce tengo yo en mi corazón»: Ella es *morena pero hermosa*, «su rostro es radiante de luz de oro como la aurora, llena de magnificencia, hermosa sobre todas las cosas:» perfectamente aliñado, con las más exquisitas formas en cada una de sus partes que demuestran las grandezas innumerables de «quien dió á luz, vió su Criador y adoró al fruto de su vientre», de Aquella que «por medio de la cual salió en el cielo una luz que nunca se pone», «coronada de estrellas, vestida de sol, calzada de la luna», de Aquella que vistió al sol del cielo con la nube de la carne, en expresión magnífica del Doctor meliflúo, y en cambio vístele á ella con los esplendores de su propia belleza», la más pura, la más santa, la bendita y soberana Madre del amor hermoso y de la indefectible y eternal belleza; la que fué adorada en esta bendita forma escultórica en Acaya, allá en el Peloponeso al compás de las melodías que la tributaban las azuladas y armoniosas ondas del golfo de Corinto, y en Bizancio hoy Stambul; la que recibió tributos de adoración y de amor por parte de los Romanos en tiempo del Emperador Mauricio y San Gregorio Magno á la muerte

del Pontífice Pelagio II; la que fué venerada en Sevilla cuando San Leandro, su ilustre Arzobispo la recibió como espléndido obsequio, para premiar sus virtudes y ciencia eximia por medio del hombre más santo y más sábio de su siglo, el inmortal autor de las Etimologías, San Isidoro, del gran Papa San Gregorio; la que por último fué hallada por Gil Cordero en el año 1322, merced á especial revelación, en lo más abrupto de las Sierras Villuercas, donde permaneció escondida 500 años por sus devotos, que temían su profanación en las múltiples y horrorosas persecuciones que entonces se hacían al cristianismo, esa es la que se venera en el famoso Santuario, cuyos cimientos fueron echados por el vencedor del Salado, el ilustre Alfonso Onceno; esa la bienaventurada Señora, á la que prestan sus divinas melodías, para quien pulsan los ángeles, extasiados con sus grandezas, sus áureas cítaras, arrancando de ellas sus más divinos acordes, esa la que recibe amorosa en este Santuario el himno robusto y armónico que todas las bellas artes entonan en unísono concierto en sus creaciones inmortales; esa, mi distinguido amigo, es la Virgen bendita de Guadalupe.





X.

Yo creo, mi distinguido amigo, que el renacimiento como época histórica más que como escuela y doctrina hizo mucho bien y mucho mal á la vez bajo respectos distintos. No opino con Montegut que fuera un nuevo nacimiento, una deliciosa y nueva primavera del espíritu, la espléndida aurora de un sol centelleante presentido por la humanidad desde épocas remotas: mas sí creo con el ilustre Juan Pablo Ritter que fué un movimiento ingente y complejo, sin criterio determinado; agitación inmensa, época iniciadora que contuvo en su seno las semillas de las creaciones y de las ideas de nuestro tiempo, restauración de la antigüedad clásica con todas sus grandezas y con todos sus defectos. Y no es que durante ese brillante período histórico que se llama la Edad Media, especialmente en la época que marca su ex-

pléndido apogeo, el siglo XIII, hubiera estado interrumpida por completo la tradición artística y literaria greco-romana, no; ¿quién dudará después de los trabajos eminentes de Ozanan, Savigni, Shlegel, Faurier y Ritter, que la Edad Media conservó en sus poesías, en su ciencia asombrosa, en su magnífico derecho, reminiscencias marcadas y evidentes de la antigüedad clásica, purificada del sabor pagano por el espíritu vivificante del Cristianismo?

Lo que hay es que en aquella tristísima decadencia debida á multitud de concausas históricas que no son del caso enumerar, que siguió á los espléndidos fulgores del siglo XIII, todos volvieron sus ojos á Grecia y á Roma y llevóse á cabo la restauración de sus notables tradiciones, sin criterio fijo aceptando lo bueno y lo malo que en ellas se encontraba, ofuscados por las bellas armonías de la Grecia, armonías siempre frescas bajo el punto de vista del arte, siempre suaves como el céfiro de la tarde, primorosas y delicadas, y las magnificencias y la magestad de aquella Roma, grande en su poder, en sus letras, en sus inmortales monumentos que desafían la vida de los siglos, con su derecho eterno, augusta interpretación del derecho natural impreso por Dios en la mente del hombre, y que aún hoy sirve de base al derecho público de los pueblos civilizados.

¡Qué hermosa obra la del renacimiento si no

hubiera cometido el gravísimo yerro de ape-
garse, apasionándose en demasía de la antigüe-
dad clásica, á sus procedimientos artísticos á
la forma que es mudable, y sobre todo, querer
buscar la inspiración artística en aquellas fuen-
tes, que si seductoras y brillantes por la forma,
estaban agotadas, secas y sustituidas por las
abundosas y preciosas que importaba la Doc-
trina Cristiana en todos los órdenes de vida, ol-
vidando su poesía eminentemente popular, ri-
quísima en bellezas, su poesía caballeresca con
variadísimos elementos poéticos, y sobre todo
olvidando el magnífico ideal cristiano, con sus
misteriosas y divinas armonías, su profundo
espiritualismo y aspiraciones infinitas.

¿Por qué no se detuvieron en su justo medio
los renacientes en su inmensa mayoría, juntan-
do en armónico concierto el pensamiento cris-
tiano con la forma clásica y en vez de exóticas
producciones y obras artificiosas sin calor ni
vida, hubiera producido creaciones admirables
que ostentaran el perfume inextinguible de una
juventud siempre fresca, siempre llena de vida,
pletórica de sávia abundosa que le aseguraran
la más espléndida inmortalidad?

Porque olvidaron que el cristianismo es divi-
no y que como divino fecundo con fecundidad
que todo lo abarca, que á todo se extiende,
que influye por manera prodigiosa y magnífica
en todas las manifestaciones del espíritu huma-

no en la variedad y multiplicidad de sus asombrosas funciones; porque olvidaron aquellos renacientes que el cristianismo, una vez restauradas las almas en Cristo y por Cristo, comenzó la prodigiosa labor de restaurar todas las demás cosas, en medio de vicisitudes y luchas sin cuento, completando la filosofía antigua con las verdades de la revelación que dió por resultado el asombroso edificio de la *Teología escolástica*, combinando el elemento socialista del paganismo ilustrado con el elemento individualista del paganismo inculto que formó el organismo político, jurídico y económico de los pueblos cristianos, y utilizando por último los progresos que en el metro y en la rima habían hecho los antiguos y hasta las mismas alegorías paganas, dándoles su verdadero sentido trascendente é inspirándolo todo en el espíritu de la nueva ley que produjo la Divina Comedia y que hizo que hasta las mismas piedras se escalonaran hácia el cielo en los arcos ojivales del arte verdaderamente cristiano?

Si el Cristianismo había hecho una regeneración profunda en la ciencia toda, también la hizo no menos notable en el arte; él aportó dos figuras excelsas, desconocidas en absoluto en la antigüedad clásica, que son principios soberanos de inspiración abundosa é inexhausta, venero riquísimo de las más dulces y sobrenaturales emociones caleotécnicas, luminares in-

finitos de inmaculada belleza que todo lo llenan con sus resplandores, con su omnipotente influencia, y que trastornaron y mudaron la naturaleza íntima del arte abriéndole extensos y rosados horizontes; la figura divina del Redentor del mundo, sublime, profunda y austera, sellada con aquel dolor divino que se extendió sobre su rostro cuando inclinó su frente, en la que centelleaban los espléndidos fulgores de la divinidad, herida por las espinas en el seno de la muerte, y la figura sobrenatural de María Inmaculada, tierna, amorosa y pura, más pura que las rosas Jericó, mucho más pura que el aroma del oriental incienso; él ensalzó y purificó á la mujer que el arte greco-romano destinaba únicamente para el *gineceo* y á emociones impuras, por lo que el gran Dante muestra el ideal del amor cristiano en su Divina Comedia personificado en Beatriz, pura y casta, iluminada por la virtud y por los resplandores del Sol, recibiendo no deseos ó aspiraciones impuras, sino místicas oraciones que presentaba ella misma en sus manos al trono de Dios; él formó aquella epopeya magnífica con sus leyendas y misterios, sus esperanzas, dolores y dones, y aspiraciones infinitas, grandioso ideal que nuestros abuelos supieron realizar y perpetuar, inmortalizar en sus monumentos catedrales góticas, que Dante quiso encerrar en su poema, que el artista de las *tres almas*, el ge-

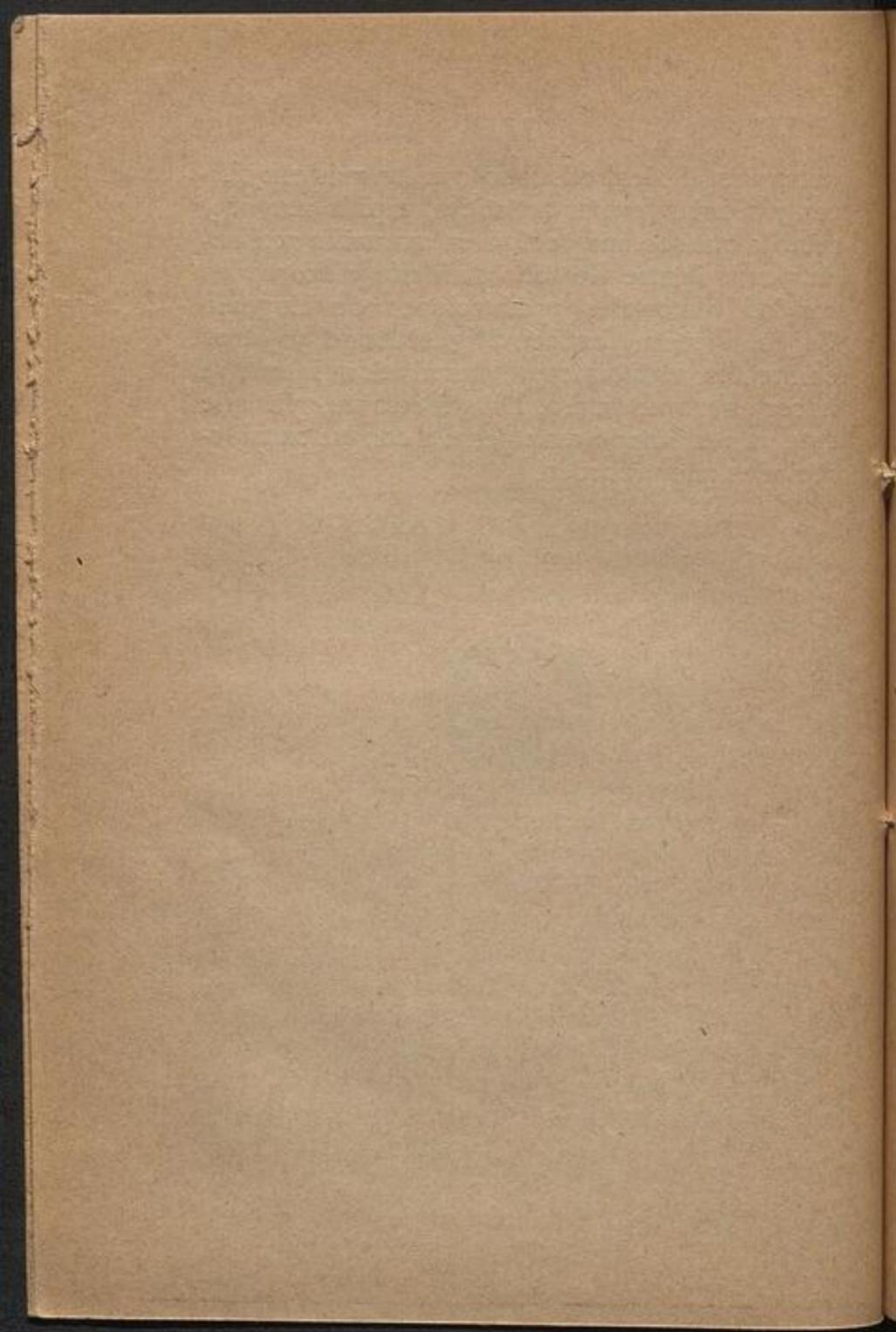
nio único del arte, el gran Miguel Angel, cinceló espléndidamente en la piedra que corona y cierra la cúpula asombrosa de San Pedro de Roma.

¡Ah! si el renacimiento hubiera realizado siempre esa armónica combinación de la inspiración cristiana con la idealidad, el buen gusto con ese *ne quid nimis*, esa tersura y limpidez de formas del arte clásico, su efecto hubiera sido magnífico, no hubiera retrotraído las bellas artes y en general todas las manifestaciones del espíritu á las absurdas tinieblas del paganismo, no había por qué censurarle el elegir solamente el genio colosal de la Grecia y de Roma, genio revelado en sus obras que no han perdido nada, á pesar del tiempo transcurrido, de aquella admirable lozanía y fresca admiración de todos los que sienten amor profundo á lo bello.

Que el estudio del clasicismo dió un hermoso movimiento de avance á las artes bellas es cosa puesta fuera de duda: ahí están las inimitables creaciones de Rafael Urbino, de Miguel Angel, de Leonardo Vinci; ahí están las obras del Petrarca, de Torcuato Tasso, las de Fray Luis de León y Herrera; ahí está, mi distinguido amigo, como prueba fehaciente, inconcusa, de las ventajas del renacimiento bien entendido, sin sus extravíos y defectos, la magnífica capilla mayor y suntuoso retablo del templo de Guadalupe, que unen y realizan en admirables

armonías el ideal cristiano con las más exquisitas y sóbrias formas artísticas, capilla mayor y retablo que son una verdadera maravilla realizada por el ilustre Gerardo de Merlo y exornadas con las inmortales producciones de Eugenio Cages, Vicente Carduci, Miguel Angel y otros eminentes artistas cuya descripción intentaré hacer en otro número, Dios mediante, ya que éste va resultando asaz pesado con las consideraciones que preceden.







XI.

Es la capilla mayor del templo Guadalupense, la joya más hermosa, de más subidos quilates que contiene esta famosa Iglesia; es capilla digna de ostentar en el segundo cuerpo de su magnífico retablo la imagen bendita de la Virgen de Guadalupe. Y si bellezas sin cuento vió usted, mi distinguido amigo, acumuladas en su sacristía y en su artístico y lindísimo camarín, prepare su espíritu para saborear las inenarrables que se registran en esta capilla que sintetiza y que compendia en su admirable conjunto todas las grandezas y preciosidades de aquel templo.

Salgamos del camarín y volvamos al templo: pase usted conmigo aquella admirable reja de 40 pies de altura, asentada en ricos mármoles de Extremoz, obra de Fray Francisco de Sala-

manca y Fray Juan de Avila, y que limita y separa las tres naves, de la capilla mayor, verja prodigiosa de colosales fuerzas y exornos variados y riquísimos, cuya descripción queda hecha en número anterior; suba usted unos cuantos escalones, creo que ocho, de mármoles exquisitos, y ya estamos dentro de la capilla mayor. A los dos costados de la grada tercera se levantan dos magníficos pedestales de finísimo jaspe con una elevación correspondiente al plano de la peana, y que sostienen dos balconillos de dorado bronce con un águila en medio de cada uno de ellos, que sirven de facistol para cantar la epístola y el evangelio, y con cabida bastante para colocar doce hermosos ciriales de plata. Esta peana del altar mayor llena todo el ancho de la capilla, y de las mismas piedras y adornos que su pavimento, dejando ver, en virtud de lo alto de la base, toda la magestad, grandeza y hermosura del altar mayor, á la que contribuyen los balconillos facistoles, las portadas de los oratorios bajos y el magnífico zócalo del retablo.

Otra entrada tiene esta capilla por la de Santa Catalina, en la que hay una portada de diez y siete pies de altura, sobre tres gradas de mármol; dos pedestales conafilgranadas molduras de jaspe serpentino y los planos de jaspe blanco con fajas color de sangre á tres haces, asiéntanse en las dos primeras, siendo de mar-

mol blanco finísimo las vasas sobre que están colocados estos pedestales.

Causa gran gusto y admiración la vista de las primorosas columnas de orden toscano que allí se ostentan; son de muy fino jaspe y están apoyadas en unas contrapilastras de jaspe serpentino. De esta materia es el friso de la portada, así como el lindo cornisamiento es de jaspe blanco. El frontispicio que se asienta sobre la cornisa es de punto subido, de jaspe blanco, al paso que sus tímpanos son de jaspe serpentino y sus argotantes de sangre-leche, rematando esta primorosa obra un cuadro que reproduce la aparición milagrosa de la Virgen al vaquero Gil Cordero.

Nueve piés de espesor tiene el muro donde está enclavada la portada que acabo de describirle, en cuyo espacio se registran otras dos portadas también de jaspe, una enfrente de otra, por la derecha se sube á la *credencia* que está al lado de la Epístola; por la de la izquierda se sube una escalera corta en forma de caracol, en cuyo plano estuvo oculta la Santa Virgen y se hallaron los restos de Gil Cordero.

Una portada de serpentino jaspe dá salida á la Capilla mayor, que coincide armónicamente con otra igual al lado opuesto: portadas tan excelentes como la que dá entrada al Altar mayor, con molduras primorosas, y con un fajeado lindísimo de marmol de colores que abraza

sus jambas y dinteles, sobre el cual, en un recuadro de jaspe sangre-leche moldeado de varios modos, se ostenta la siguiente inscripción en marmol de Extremoz con letras de oro y en idioma latino, que traducimos así: «Esta Santa casa dispuso que se adornasen á su costa y de suntuosa manera esta capilla y sepulcros de los Reyes de Castilla, que estaban con el tiempo muy deteriorados. En este monasterio se conservan muchos testimonios de la liberalidad de tan grandes reyes; y en memoria de la que de ellos tienen, erigió esta prueba de agradecimiento.» Enfrente y guardando perfecta simetría, se vé otra inscripción que dice así: «Felipe II, poderoso señor de ambos mundos, teniendo singular devoción á esta bendita Virgen, mandó dar á este monasterio veinte mil ducados, para que de sus intereses se labrase un magnífico retablo por estar el antiguo muy deteriorado; y concluida la obra quedarán estos intereses para dotación de una capilla en que dijeran constantemente misa por su alma.»

Sobre este recuadro que está al lado del Evangelio, hay un precioso balcón dorado que vuela afuera con borlas y cartelas doradas y con filete de purpurado jaspe, de donde se levantan los cartelones de mármol blanco ensamblados de jaspe verde con primorosas y variadas labores, que sirven de lindo pedestal á muy elegantes pilastras también de jaspe, resalta-

das por fuera con bases y capiteles de mármol blanco coronadas de jaspe serpentino.

Entre las pilastras se registra un nicho de medio punto, fajeado con sus compartimentos de jaspe de colores, y que no es otra cosa que uno de los cuatro oratorios ó tribunas que hay en la capilla, dos á cada lado, superpuestos, guardando perfecta proporción: sobre ellos asienta su primorosa cornisa de jaspe-leche con su friso lleno de elegantes molduras, terminando el frontispicio, que es de jaspe púrpura, con artísticas y curiosas labores en mármol. Multitud de pirámides de mármol rojo jaspeado de verde, colocadas sobre argotantes de jaspe blanco hermocean este conjunto, admiración del entendido y del artista por la feliz combinación de tan variados colores, y por la profusión y riquezas de mármoles y jaspes.

Por encima de este frontispicio sube un recuadro de jaspe rojo en cuyo centro se divisan esculpidos dos leones y dos castillos con su corona real, con dos fajas, una de mármol blanco y otra de serpentino, que cruzan el escudo y tocan en el cornisamiento.

Las dos portadas que dan ingreso en la Capilla mayor por lados distintos y los dos oratorios altos se dividen de los bajos y de los enterramientos por una pilastra que baja de la cornisa.

Los oratorios bajos son cuadrados, de sería

arquitectura y corren en línea recta con la base del altar mayor; eran los sitios donde los monarcas y demás personas reales se colocaban en las grandes festividades de la Virgen, y guardan simetría en sus portadas que son de jaspe con las demás obras de la capilla, diferenciándose solamente en la verja de hierro dorado de dos hojas y de construcción primorosa y gusto severo.

Y vea Vd., mi distinguido amigo, confirmado lo que le decía en el número anterior: en toda la obra maravillosa arquitectónica de esta suntuosa capilla, se vé la pureza más exímia, esa elegante sencillez propia de la forma clásica armonizada con el ideal cristiano, y aún lo verá Vd. más claro cuando tenga el gusto de describirle el hermoso retablo y otras preciosidades que encierra esta maravilla de la religión y del arte.





XII.

LE hablaba á Vd., mi distinguido amigo, en el número anterior, de los oratorios ó tribunas existentes en los lados de la capilla mayor de la Iglesia de Guadalupe, oratorios que sin dejar de ser severos, como sitio destinado á la oración, son lindísimos y hacen precioso efecto en aquel admirable conjunto. Y como al examinar sus bellezas reconstruía mi fantasía aquella piadosa escena de verlos ocupados por los augustos señores para quienes estaban destinados; allí veía arrodillados á los trece monarcas de Castilla, uno de Aragón, otro de Navarra, cinco reyes de Portugal, á los emperadores de Alemania Maximiliano, Cárlos, Fernando y Rodolfo; y los veía orar, reclinadas las frentes, cubiertos con sus púrpuras esplendorosas, con las coronas y cetros en el suelo, elevar sus peticiones, exponer sus necesidades á la Augusta Señora, remediadora universal y Soberana de las tristezas y desgracias del género humano; ocho

veces estuvieron á visitar á la Virgen aquellos reyes que se llamaron Fernando el Católico é Isabel la grande, la excelsa, la que recibió de la Virgen de Guadalupe tantas benditas inspiraciones, la que conquistó Granada y descubrió esa ingrata tierra que tantos beneficios nos debe, el continente americano, la protectora incansable de las ciencias y de las letras, la que allí, en aquellas tribunas, en aquellos augustos oratorios concibió el pensamiento inmortal expresado claramente en su voluntad suprema y última de llevar nuestra política, nuestras armas, nuestra civilización, nuestras letras y nuestro derecho á los dominios de nuestros eternos enemigos, los moradores del vasto continente africano, y allí la veía, arrodillada, en fervorosa súplica á la Virgen guadalupense, de quien era devotísima, la mujer más grande, más excelsa que registra la historia, gloria de su sexo y honra y prez de la magnífica y poderosa antaño monarquía española, cifra y compendio soberano de aquel siglo, al que aludía el ilustre vate Hispalense con aquellos conocidos versos

Inmenso siglo, siglo de gigantes,
que abrió Colón y que cerró Cervantes.

¡Ah! y cómo se fortalece el espíritu, mi querido amigo, viendo estas magnificencias, con estos venturosos recuerdos hoy que tan escasos

estamos de grandezas ¿qué digo de grandezas? hoy que estamos en la más triste y espantosa decadencia en todos los órdenes de la vida.

Sobre los oratorios se encuentran los reales enterramientos de Enrique IV al lado de Evangelio y al otro lado el de su madre la reina doña María de Aragón, primera mujer de D. Juan II; son dos elegantes y soberbias ornacinas de blanco mármol y jaspe serpentino, con los bustos de estos reyes, colocados de rodillas en sus reclinatorios en actitud de orar ante la Virgen, leyéndose en el frontispicio de cada uno las inscripciones siguientes grabadas en jaspe blanco con letras de oro en idioma latino y que traducimos de la siguiente manera: «Este monasterio, dice la primera, determinó construir de nuevo este sepulcro para contener los restos de Enrique IV Rey de Castilla, porque no era decente el antiguo que tenía. Espléndida en todas sus manifestaciones, esta Santa casa no omite gastos para atestiguar su reconocimiento y gratitud a tan excelso príncipe, su bienhechor.»

En el de la Reina doña María de Aragón se registra la inscripción que sigue: «Este Santo Monasterio trasladó á este lugar más honorífico, espléndidamente exornado, el sepulcro de la Reina de Castilla doña María, mujer de don Juan II; reina clarísima en santidad, religión y piedad y perpétua bienhechora del Monasterio.»

Y heme Vd. ya dispuesto á describirle el magnífico retablo del Altar mayor, obra prodigiosa del arte cristiano, que sorprende con recogimiento misterioso y embarga profundamente la atención del observador piadoso, que se siente admirado ante aquella obra colosal que reúne en poderosa síntesis las más admirables creaciones de la pintura, de la arquitectura y de la escultura, círculo magnífico de belleza y de artísticos primores que el arte cristiano ha elevado en holocausto y tributo de amor profundo é intensísimo á la grandeza infinita, á la belleza inmaculada del Omnipotente.

De uno de los más insignes maestros en el nobilísimo arte de la Estatuaria, el ilustre Gerardo de Mirlo, es obra el soberbio retablo de la capilla mayor de la Virgen guadalupense: su dorado y estofado de los famosos Gaspar de Cerezo Toledano y Gonzalo Marin, de nacionalidad portuguesa, ocupando todas las tres partes del ochavo hasta la misma cúpula con una elevación total de sesenta piés de fábrica. Su estilo es el Corintio, el más elegante de los órdenes griegos; por sus columnas característicamente adamadas y graciosas, por sus más espléndidos efectos caleotécnicos, por su apariencia más gallarda; estilo usado con preferencia por aquel pueblo que tenía por patrimonio la belleza, en sus más notables producciones como los templos de Palas y Diana en Grecia y Efeso, y

á cuya elegancia y vistosidad no pueda hacer competencia ni el dórico, ni el jónico, ni el toscano ni aun siquiera el esplendido y admirable orden compuesto, estilo sério, magestuoso sin que rechace por eso las más espléndidas y preciosas formas.

Todo el retablo, con los cuatro cuerpos de que consta, descansa en un pedestal de cuatro piés de altura, vistosísimo y elegante por sus ensambladuras de diferentes jaspes, siendo la primera parte del zócalo de jaspe serpentino y sangre-leche de Carcabuey, y la segunda de madera, de donde arranca el compartimento de la obra de carpintería dividida en seis medallas de bajo relieve que representan la pasión de nuestro Señor Jesucristo; bajo relieves primorosos y de exquisito gusto artístico así como las obras de talla que se registran en los costados y que representan á San Lorenzo, Santa Paula, San Antonio de Pádua, San Francisco de Asís, San Juan Bautista, San Roque, San Estéban, San Sebastián, Santo Domingo de Guzmán y Santa María Magdalena. El pedestal es de una colosal resistencia, como para sostener la inmensa mole del retablo; buena prueba de ello, las gruesas grapas de hierro que abrazan y sostienen las piedras y los jaspes, obras de los famosos maestros del Sagrario de la Catedral de Toledo, Juan Bautista Semeni, genovés, y el ilustre Bartolomé de Abril, tan conocidos en la

historia del arte por sus famosas creaciones arquitectónicas.





XIII.

DE cuatro cuerpos consta el magnífico retablo de la Capilla mayor guadalupense admirablemente distribuidos y con la más armoniosa y perfecta proporción artística que dá lugar a graciosa y bellísima perspectiva; un artístico y primoroso templete rectangular, cuyas columnillas y adornos ostentan magníficas incrustaciones de plata y oro en hierro, con capiteles de dorado bronce, forma el tabernáculo ó sagrario que ocupa el centro del cuerpo primero del retablo. Es obra el templete del famoso Juan Giamir y el donante el espléndido y religiosísimo príncipe D. Felipe II, que no desmiente por cierto la régia procedencia del donativo, el magnífico escudo, á guisa de rodela antigua que en él se divisa con primorosas y ricas incrustaciones y que figuran las imperiales armas de Alemania.

Y no pasemos, mi distinguido amigo, de es-

te templete sin fijar profundamente la atención en una colosal obra de arte que le remata: en el centro destácase un precioso y magnífico crucifijo de marfil, obra escultórica del inmortal Miguel Angel Buonarroti, del ilustre hijo de Caprisse, allá en el territorio de Arezzo, el discípulo insigne de Domingo y David Chirlandajo, el que oscurece con su vigorosa, genial, sobrehumana y sin igual inspiración artística las glorias de los Brunelleschi, León Bautista, Alberti y de los Bramantes en arquitectura, de los Donatello, Ghiberti y Masaccios en escultura; el anatómico insigne que lleva al arte plástico sus profundos conocimientos técnicos, el artista inimitable que trazó con su poderoso pincel toda la dogmática cristiana en los asombrosos frescos de la capilla sixtina del Vaticano, el genial escultor que no conocía en la ruda independencia de su asombroso genio más fuentes de inspiraciones caleológicas que la Santa Biblia y la Divina Comedia de Dante; el que perfeccionó con los centelleantes resplandores de su poderosa é ingente inspiración artística la colosal obra de sacudir el yugo de la escuela bizantina, cuando comenzaba á alborear la arquitectura ojival con sus espléndidas magnificencias, que amenazaba dejar estacionario el nobilísimo arte escultórico, representado por Arnolfo de Yapo, discípulo de Cimabué, Nicolás Pisano, Nicolás de Arezzo, Jacobo de la

Quercia, Francisco de Vandabrine, Simón Colle y Ghiberti; el que llevó á la práctica, á la ejecución técnica los estudios anatómicos aplicados á la escultura, iniciados por Leonardo de Vinci, el artista de más claro ingenio, talento fecundo y múltiples aptitudes que lo mismo manejaba el cincel, el compás y los pinceles que la lira del músico y la pluma del poeta, y formó discípulos tales como Rusticci y Samovino. Pues de éste, mi distinguido amigo, es el admirable crucifijo de marfil del Tabernáculo, y con esto queda hecho su elogio artístico; es obra del mismo que concibió y ejecutó el famoso *Moisés*, el celebrado *Pensiero* y las inimitables esculturas que adornan el sepulcro de los Médicis y de otras mil obras que le acreditan de artista sin rival, desesperación perdurable de los que procuran imitar sus inmortales creaciones.

En los intercolumnios que forman las ocho columnas corintias estriadas desde sus terceras partes, que forman el primer cuerpo del retablo, se registran cuatro primorosas estatuas que representan á los cuatro evangelistas, de siete pies de altura; esculturas de saliente mérito que hacen sentir dulcísimas emociones estéticas al observador por su irreprochable factura y alteza de concepción, y cubriendo los intercolumnios se divisan dos magníficos cuadros de nueve pies de alto por cinco y medio de ancho,

que representan la *Anunciación* al lado del Evangelio y la *Resurrección* al lado de la Epístola, obra de los insignes Vicente Carducho y Eugenio Cages. Y es lo que le decía á Vd. en uno de los números anteriores; no hay escuela pictórica que no tenga aquí su representante precarísimo, que no haya dejado en obsequio de la bendita Virgen de Guadalupe algún destello centelleante de sus vigorosas inspiraciones, ¿faltaba la escuela florentina? no importa que no encontremos las firmas riquísimas de Andrea del Sarto, el famoso autor de la *Madonna del Sacco* que se venera en la *Amunziata* de Florencia, ni los de Daniel de Volterra, Cárlos Dolce y Salviati; ni los acabados trabajos de Pomtormo, Alejandro Allori, Ricciarelli y Pomeranci, ni las magníficas creaciones de los Cigoli, Gentileschi, Jurini y Battoni; ahí están las magníficas producciones de Carducci tan celebrado por lo dulce de sus concepciones y su brillantez técnica de ejecución en la forma, y compitiendo con sus inmortales obras, allí admiramos las del ilustre artista Eugenio Cages que consagró su vigorosa inspiración á ejecutar en el lienzo las armonías de la Religión Católica.

Las ocho columnas de este cuerpo primero sostienen un hermosísimo, variado y fino cornisamiento con su arquitrabe, friso, cornisa y multitud de primorosos adornos de ménsulas,

follaje, óvalos que realzan los primores acumulados por el ilustre arquitecto Gerardo de Mirlo.

El segundo cuerpo del retablo está destinado á la Santísima Virgen, en cuyo centro se halla el trono que la sustenta. Por una lamentable coincidencia es el retablo de este cuerpo segundo el de menos valía artística, pegote anacrónico que desdice á ojos vistos de la grandeza del conjunto. Y tiene su explicación con decir que pertenece esta parte á épocas posteriores de más perverso gusto y menos piedad; que antaño era un soberbio nicho de plata que ocupaba todo el cuerpo segundo en cuanto á su altura, en el que estaba colocado un riquísimo trono también de plata que los frailes cedieron al rey Enrique III en situación difícil para el herario público. Otros cuatro nichos hay en éste como en el cuerpo anterior, que se corresponden en línea recta armoniosamente y que ocupan cuatro admirables esculturas de las Virgenes y mártires Santa Catalina, Santa Lucía, Santa Inés y Santa Bárbara, viéndose dos cuadros de Carducci y Cajés, que representan el Nacimiento de Jesucristo el uno y la Resurrección el otro.

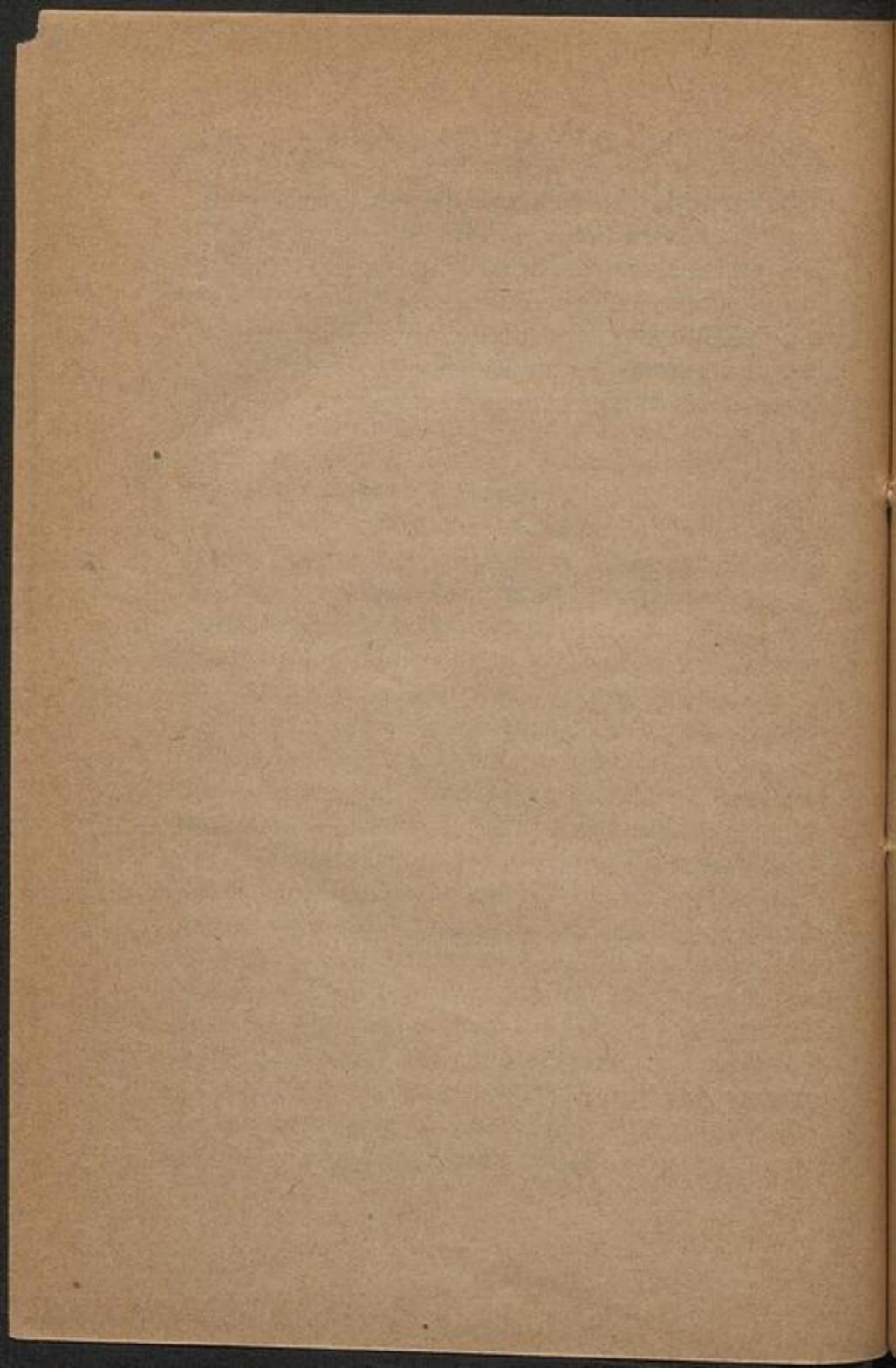
Llena el centro del cuerpo tercero una estatua excelente de San Jerónimo al desnudo, hincado de rodillas, mirando á un crucifijo que tiene entre unos peñascos, colgada la ropa carde-

nalicia de un árbol y el león, humillada su altivez e indómita fiereza: cuatro estatuas representando los Doctores de la Iglesia en traje pontifical, San Gregorio Magno y San Ambrosio, San Agustín y San Leandro, y otros dos primorosos cuadros de los citados Carducci y Cajés que representan la Adoración de los Reyes y la Venida del Espíritu Santo, exornan este cuerpo y llenan los intercolumnios, terminando el magnífico retablo con un cuarto cuerpo en cuyo centro se destaca una grandísima imagen de Cristo crucificado, de inmenso valor artístico, que tiene á sus lados dos severas estatuas que representan á la Virgen y á San Juan Evangelista; á las extremidades de la cornisa del cuerpo tercero y sobre sus plintos, véanse otras dos magníficas esculturas que representan á San Pedro y á San Pablo.

En el espacio intermedio de las estatuas que representan á la Virgen y á San Pedro y en el que separa á San Juan de San Pablo hay, dos escudos en que se ven esculpidas las armas reales de Castilla; otro escudo primoroso con la jarra de azucenas entre dos ángeles, emblema de la Pureza Inmaculada de María, destácase sobre la cornisa de este último cuerpo en sus intercolumnios inmediatos, cerrando su exorno dos elegantes estatuas que representan la fé y la esperanza abrazando el hermoso símbolo de la Orden Jeronimiana.

Narrar todas las bellezas que en detalle y en conjunto atesora este retablo sería tarea prolija: V., mi distinguido amigo, que tan profundo tiene el sentimiento estético, sabrá apreciar por estas mal hilvanadas descripciones aquel admirable monumento levantado por la piedad y el arte en otras más venturosas épocas.







XIV.

ME manifiesta V., mi distinguido amigo, deseos vivísimos de conocer al detalle todas las partes que integran el suntuoso templo guadalupense, y en verdad que me ha puesto V. en grave aprieto, dado mi primer propósito de cerrar estas desaguisadas epistolejas, con la que hace el número catorce: ¿para qué contristar el ánimo recordando el abrasador vandalismo que á guisa de tormentoso huracán despojó á este templo de riquezas incalculables destinadas al culto divino y á fines profundamente humanos, al desarrollo y progreso de las ciencias, á obras de caridad vivísima y ardiente, al sostenimiento de tantas escuelas y hospitales, á tantas obras por las que debemos á aquellos tan calumniados frailes gratitud intensa y perdurable?

Le soy á V. sincero al afirmarle, que sentí miedo en el corazón, llanto en los ojos, cuan-

do examinaba el magnífico joyel, pieza soberbia como todas, bajo el punto de vista artístico, destinado á guardar las ofrendas de la piedad universal de tantas centurias y de tantas generaciones que pregonaban á voz en grito la devoción inmensa que se profesaba á la bendita Virgen de Guadalupe.

El joyel es una magnífica pieza cuadrada, abierta á pico en el muro del camarín, con dos varas y media de espesor sus paredes, y que ocupa la planta primera de la torre de las campanas: su pavimento es de variados y finísimos jaspes, su exorno muy lindo con tanto precioso recuadro de yesería y frisos primorosos y elegantes. Toda la estancia está recubierta de damasco carmesí hasta el arranque del techo amoldurado y adornado de mil elegantes y variadas maneras: una gran ventana con reja ábrese á la derecha por donde entran torrentes de luz al joyel, y á la izquierda se levanta una hermosa cajonería de ciprés pulidamente tallada. Base y asiento es esta cajonería de dos magníficos escritorios ofrecidos por la devotísima marquesa de Mejorada, que sobre el juego de cajones, en sus extremidades se ostentan: están plancheados de plata, con muchas y diversas labores y crecido número de columnillas Salomónicas, cuyos vaciados siguen primorosos adornos de coral desde sus bases á sus capiteles, siendo lo más notable que contienen

estos lindos escritorios unos ricos embutidos de piedras preciosas que forman, en sus combinaciones y juegos, diversas figuras de no escaso mérito artístico.

En el centro de los dos escritorios existe un escaparate de nogal con embutidos de caoba y raíz de olivo y de cinco cuartas de alto, destinado á guardar las ricas joyas que poseía la Virgen de Guadalupe. Y aquí entra el desencanto, mi distinguido amigo; yo había visto con anterioridad á mi visita á este Santuario, documentos muy curiosos que acreditaban el inmenso tesoro allí acumulado en forma de alhajas y preciosidades artísticas sin cuento, tanto que recordaba aquellas frases de un antiguo y muy celebrado escritor guadalupense que al referirse á las riquezas del joyel decía: «lo que tiene aquí su magestad de diamantes, záfiro, rubíes, esmeraldas, ricos topacios y regias amatistas y espléndidos camaseos con otra multitud de diferentes piedras con excesivo número de perlas riquísimas, es un Oriente abreviado.» ¿Dónde están aquellos espléndidos cálices de oro de rica y finísima orfebrería donados por D. Juan II y el magnífico Maestre de Calatrava D. Juan de Zúñiga? Dónde las joyas, cadenas, collares, brazaletes, ofrenda de la devotísima Emperatriz D.^a Ana, mujer del Emperador Matías; dónde el riquísimo donativo del Infante D. Juan de Austria, vencedor de

Lepato, consistente en una valiosísima venera de San Juan con ciento noventa y cinco finisimos rubíes y una sortija de doce gruesos diamantes con nueve esmeraldas del tamaño de un huevo de paloma, en forma ochavada; dónde la cifra de diamantes con su magnífica corona de oro y seis pendientes de perlas de la Excm. Duquesa de Aveiro D.^a María de Guadalupe, y los donativos de la magnífica Duquesa de Osuna y D. Luis de Haro y la Condesa de Oropesa: ¿qué se ha hecho de aquel otro espléndido de D.^a María Alberto de Castro Portugal y Borja, duquesa de Bejar, y que consistía en una joya primorosa de ochenta y ocho diamantes rosa con un zafiro en medio de ochavada figura, con los valiosísimos del Marqués de Torre Orgaz, D. Fernando de Aponte y Ulloa, que depositó allí como tributo de su amor á la Virgen pura, tanta filigrana de oro, tantas joyas magníficas, y los valiosos y régios regalos de los Reyes todos de la Casa de Austria y de tanto príncipe consagrado á la Virgen Guadalupense? Qué sé yó; lo que sí puedo decirle es que á poco de pasar aquella furiosa oleada, aquel paroxismo destructor, aquella comezón de exterminio de todo lo que olierá á Religión, á sentido común y á gloria artística, baldón de nuestra Historia y crimen terrible no ya solamente contra las creencias religiosas del pueblo, sino también contra el arte, todo desapareció como

por encanto y hoy solo quedan aquellos armarios magníficos, vacíos, con cuatro alhajas que no merecen este nombre, pregonando á voz en grito con su espantosa desnudez el cúmulo de rapiñas realizadas en aquella casa á raíz de la famosa ley de la desamortización eclesiástica y exclaustación de los frailes, predicando con extraordinaria elocuencia las vandálicas hazañas de épocas ya pasadas y juzgadas con actitud terrible en la historia imparcial y en la serena región de los sentimientos honrados.

Mas si las alhajas han desaparecido, no han corrido igual suerte por fortuna los ornamentos sagrados y vestidos de la Virgen; muchos desaparecieron, otros han sido consumidos por el uso y el tiempo, lo que no obsta para que se conserven todavía riquezas incalculables en este ramo especialísimo é importante. Todas las vestiduras sagradas están conservadas en las citadas cajonerías de ciprés, cerradas con tres llaves, y allí viera V., mi distinguido amigo, riquezas innumerables que nos llevan como de la mano á calcular qué no habría en la época del florecimiento de aquel santuario. Ornamentos para todas las festividades eclesiásticas, lujosísimos, de espléndidas y ricas telas de oro y plata, verdaderas filigranas por sus bordados riquísimos y vestidos numerosos de la Santa Virgen, cuajados de perlas y brillantes, es todo o que se conserva; ¡menos mal que en aquel

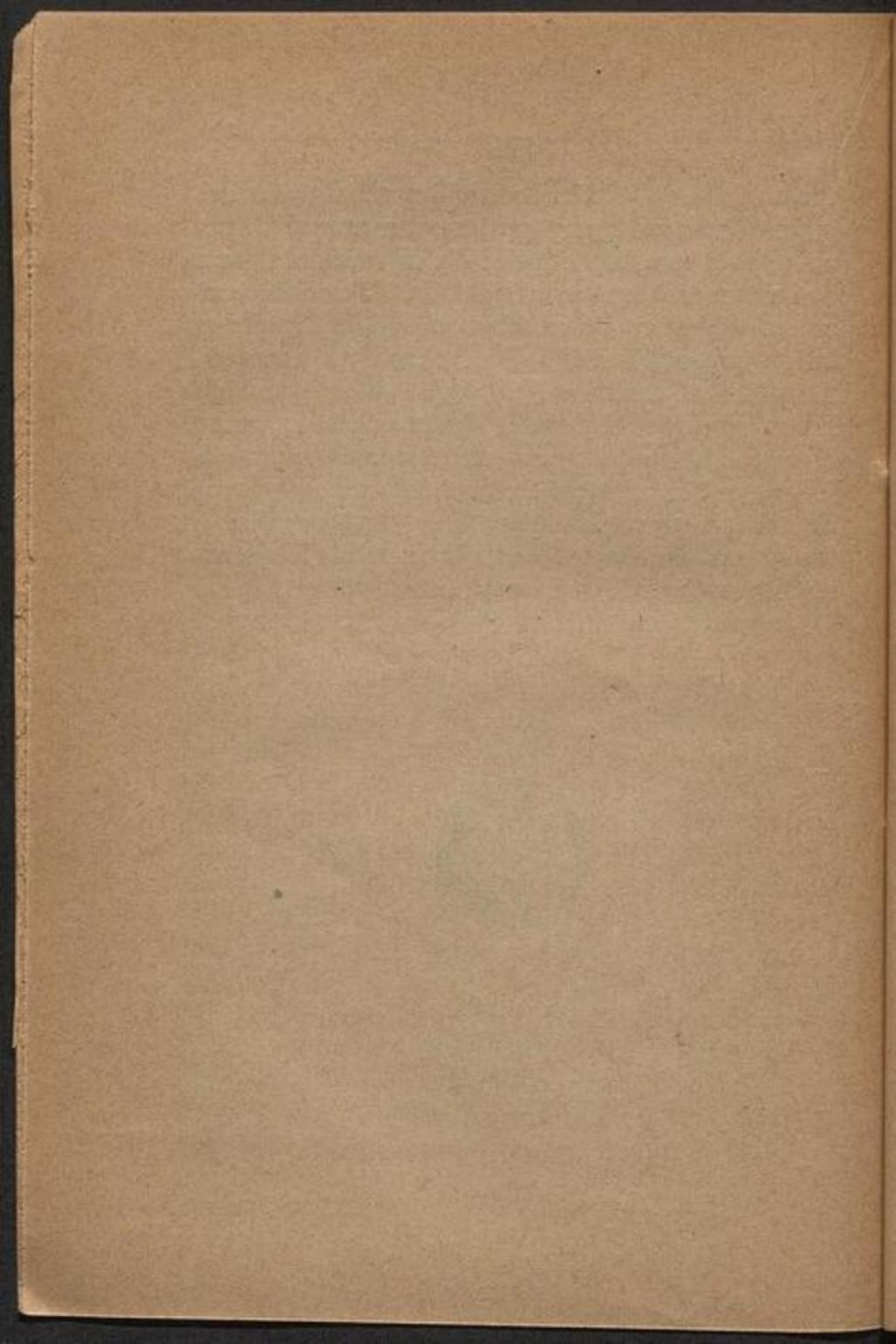
desventurado frenesí político-social, pudo salvarse esto sin duda alguna porque no tendrían tan pronta *salida* como las alhajas de oro y plata.

Omito, mi distinguido amigo, comentarios á lo que precede; ¿para qué recordar aquellos luctuosísimos tiempos de tan ingrata memoria para la religión y para el arte? Solo una consideración me permito exponer á su buen juicio que no le habrá pasado desapercibida: aquella *pobre* España de los siglos XVI y XVII tan mal conocida por los eruditos de que se burlaba con *vis atica* el insigne Cadalso, tan calumniada por los modernos espíritus fuertes, sin estadistas como hoy que tantísimo se nos prodigan para labrar nuestra ventura social y política: pobre, sin las grandes vías modernas de comunicación, ofrecía joyas á la Virgen guadalupense de valor inmenso y tenía bríos en su poderoso brazo para ser la natural soberana de ambos mundos, vitales energías para suscitar aquellas legiones invencibles de guerreros, de santos, sabios y artistas, pasmo de Europa, admiración del orbe; en cambio la España de hoy ofrece á la Virgen de Guadalupe pocas ofrendas que desdican por su pequeñez y miseria de los restos suntuosos que allí se conservan, tanto que la mejor es una corona de oro labrada por los indios, y con sus libertades, inventos y novísimos derechos siente el frío in-

tenso de la cobardía y se deja arrebatarse las migajas de la antigua y poderosa monarquía por un pueblo que, sin conciencia ni noción alguna de los sacrosantos principios del Derecho, cruza su noble faz con innoble bofetada, cruje el látigo vergonzoso del vil negrero sobre sus enflaquecidas espaldas, pisotea su immaculada honra, sin que dé señales de tener en sus venas el coraje de los antiguos castellanos, sin que el león español brame de cólera ingente por modo tal que su rugido haga huir despavoridos á los que la acosan, convertida en ludibrio de las naciones é irrisión del orbe...

«Quantus mutatus ab illo.»







XV

DESCANSEMOS, mi distinguido amigo, de la ingrata y penosísima impresión que produce la vista de aquel antaño espléndido y riquísimo joyel de la Virgen Guadalupense, hoy exhausto y pobre, y pasemos á otro sitio donde el espíritu profundamente cristiano se fortalece y expande: era muy natural que Santuario tan famoso, de tan universal como justa nombradía, ostentara reliquias sin número cuya vista y adoración, acrecentara el amor intenso que sentia el orbe á la bendita Virgen de Guadalupe. Y son tales y tantos estos recuerdos y reliquias, que ocupan una magnífica y espléndida capilla que se conoce vulgarmente con el nombre del Santuario, y crea V., mi amigo, que éste, es otra de las maravillas que se registran en este suntuoso templo.

Una magnífica portada de quince piés de

altura y diez de ancho, dá acceso á esta capilla que presenta la forma de perfecto y acabado ochavo; está asentada sobre cuatro lindas gradas de jaspe sangre-leche, siendo su dintel de jaspe de Extremoz y á sus lados ostenta dos columnas de la misma materia con elegantes pedestales y recuadros embutidos. No puede ser más artístico y hermoso su vistoso cornisamiento, con su arquitrabe, friso y cornisa, presentando un magnífico frontispicio en forma de escudo cuadrado, en cuyo centro se destaca un soberbio jarrón de azucenas con primores, remates y fajas de oro y otros exornos vistosísimos: hace magnífico *pendant* esta portada con la suntuosa del camarín de la Virgen: la construcción arquitectónica de esta capilla es moderna, apilastrada y lindísima y fué hecha en el espacio transcurrido desde el año 1595 á 1597. Consta de dos cuerpos con ocho ventanas, teniendo el primero sus hornacinas en los planos de las ochavas y remata con una cornisa muy elegante en la que se sustentan muchos ángeles en artísticas actitudes, y con variados instrumentos músicos en la diestra.

El segundo cuerpo de esta capilla ostenta ocho proporcionadas ventanas que iluminan esplendidamente todo el santuario de las reliquias, terminando con un muy elegante cornisamiento de donde arranca el cierre de la bóveda que muestra una media naranja ochavada:

de gusto irreprochable Jónico en este cuerpo, al paso que el primero, severo y correctísimo es Dórico, siendo la fábrica de ambos cuerpos de yesería soberbiamente estofada, con sus molduras, tableros, témpanos y fajas primorosamente doradas y ostentando en sus enjutas cuatro magníficas pinturas que representan sucesos diversos de la vida de San José, á quien está dedicada la suntuosa capilla de las reliquias.

Narrar á V., mi distinguido amigo, por modo extenso las riquezas incalculables que atesoran esta Capilla, y cuente que ha desaparecido un poco, sería interminable: en ella se encuentran guardadas y perfectamente colocadas en siete senos y subdivisiones diferentes, innumerables reliquias de Mártires de la fé y de Confesores insignes, de anacoretas y vírgenes, dando testimonio magnífico de la vitalidad divina del cristianismo y predicando por manera elocuente tantos tormentos y penalidades sufridas por héroes insignes en Santidad ejemplar y eminentísima por confesar las sublimes y salvadoras doctrinas predicadas al mundo por el hijo de Dios. Ingente multitud de *cofre-citos, arquillas, figuras piramidales, relicarios* y arcas variadas, muchos de exquisita labor artística é inestimable precio por su valor intrínseco que guardan reliquias de santos inúmeros, es lo que aquí se ve por doquiera,

llamando la atención del observador por lo que á primera vista se destaca, dos magníficas esculturas; una de San José, soberbia obra escultórica en la que el ignoto artista interpretó de modo magistral la gravedad, hermosura y divinos y amorosos destellos que despedían las miradas del gran patriarca de la nueva ley al posarse amorosas en una lindísima escultura del niño Jesús, representando otra á la insigne virgen y martir Santa Inés; otras se ven excelentes bajo el punto de vista artístico, como las de San Lorenzo y San Esteban que se veneran en el centro y parte principal del seno segundo.

Y cómo el corazón profundamente cristiano se espacia y respira brisas suavísimas y celestiales que le fortalecen y consuelan al examinar aquellos dísticos que, escritos por bajo de cada *seno* del Santuario, explican todo lo que allí se encierra; allí veneré la santa sàbana tocada en la auténtica que se venera en Turín que envolvió el sacratísimo cuerpo de Jesús al ser depositado en el sepulcro, guardada en una magnífica arquita forrada de riquísimo terciopelo negro; allí ví y reverencié un magnífico *agnus* ovalado del gran Pontífice Sixto V; allí la devoción se espació al ver y tocar tanta reliquia santa de San Lorenzo y de San Urbano; allí contemplé con admiración y piedad profundas restos sagrados de San Basilio y de San Jerónimo, San Hilario y San Cipriano, Santa

Lucía y San Bernardo y tantos otros que constituyen un magnífico y valiosísimo joyel de reliquias venerandas, de sacratísimos restos allí acumulados, allí llevados en alas de amor intensísimo y ferviente que el orbe entero sentía hácia la inmaculada y bendita Virgen de Guadalupe.

Por cierto que cuando entré por vez primera en esta capilla, mis ojos buscaron ansiosos, entre otras cosas, la magnífica lámpara de oro, de siete libras de peso, ofrenda que yo sabía había sido hecha por aquel marino insigne y gran capitán del invicto Carlos V, Andrés Doria, que, perdurablemente encendida, mandaba sus centelleantes resplandores á tanta grandeza allí encerrada, y buscaba también afanoso aquella soberbia ofrenda de las más grande de las Reinas, la magnífica Isabel, que diz tenía valor incalculable, como que pesaba diez libras de oro aparte de sus primorosas filigranas artísticas y que consistía en un magnífico crucifijo que tenía á su diestra la Iglesia Católica y á la siniestra mano la judáica sinagoga con una tupida venda en los ojos: las buscaba y no las encontraba; ¡ni este sagrado lugar fué respetado por el furor revolucionario, que desalojó aquellas reliquias de sus magníficas envolturas, desapareciendo entonces muchísimas obras artísticas que custodiaban aquellos restos venerandos! Menos mal que resperaron los seis magníficos

espejos de cristal con marcos espléndidos de dorado bronce, regalo del Marqués de Mejorada, y algunas otras joyas, muy pocas, que aún se conservan en este Santuario.

El panteón ó *siete altares*, es otra de las capillas más hermosas y dignas de visitarse: una puerta que existe en el medio de la capilla de Santa Catalina, frente á la sacristía, dá acceso á ella, que en un principio fué destinada á enterramiento de personas reales, dedicándose luego al culto divino como las demás capillas que existen en este templo. El buen gusto y la suntuosidad caracterizan á esta capilla, que está construida debajo del camarín: vése á la mitad del corredor que vá detrás del altar mayor la puerta del panteón formada por dos magníficos y anchurosos arcos de jaspe adornando las dos haces, y para bajar á su pavimento se registran seis anchurosas gradas de riquísimos mármoles.

El estilo arquitectónico del panteón es el toscano con el cornisamiento característicamente del más puro dórico; su figura en forma de ochavo espléndidamente adornada y todo su diámetro ostenta un hermoso zócalo de soberbios jaspes.

Siete altares ocupan siete lados del octógono que forma la capilla y en el restante está la puerta que dá entrada á la Capilla, siendo los retablos primorosísimos y acabados. Una

hermosa efigie de J. Cristo atado á la columna, de talla entera, estatura ordinaria y acabadísima construcción ocupa el altar del centro, ocupando á su vez los seis nichos restantes las estatuas en bulto y al natural de San Paulino, San Sebastián, Santa Blerita, San Eusebio, San Agustín y San Eustaquio, con varias esculturas más pequeñas colocadas en los pequeños huecos de cada altar. Toda esta suntuosa fábrica está cerrada con una bóveda fortísima, cuyo cerramento ó clave adorna un magnífico florón de hojas de medio relieve, del que pendía una soberbia lámpara de plata, que como es *natural* desapareció, y en su lugar hay otra pobrísima y humilde.

Detrás del retablo del altar mayor, frente á la bajada del panteón, se encuentra un suntuoso sepulcro que contiene las cenizas de la Excelentísima señora D.^{ca} María de Guadalupe Lancaster, Duquesa de Aveiro y de Maqueda, devotísima de la Virgen de Guadalupe, como lo revelan las ricas joyas ofrecidas por ella y la multitud de peregrinaciones que realizó para adorar la bendita Virgen de Guadalupe.

Ahí tiene V., mi distinguido amigo, descrito á grandes rasgos lo más notable que encierra el templo guadalupense; en las siguientes croniquillas que le dirija *Deo volente*, le diré algo de las ruinas del Monasterio y de las impresiones tristísimas que saqué de su visita,

cerrando así estas desaguisadas epístolas que, por compromisos ineludibles, vienen sucediéndose en el estadio de la prensa.





XVI.

CON pena profunda y amargo desaliento contemplaba, mi distinguido amigo, el Monasterio de Guadalupe: el día que lo visité mi corazón se angustió al ver aquel montón de ruinas, vestigios magníficos de pasadas grandezas ¿por qué no decirlo? enrojeció mi rostro de vergüenza y de ira ante aquella inútil y estúpida devastación hecha en nombre de no sé qué libertades modernas, y por barruntos de no sé qué progresos tan cacareados como inútiles algunos, no incompatibles otros con la existencia de estos celebrados monumentos.

Es posible que el huracán revolucionario, á modo de tremendo y bárbaro alud, cayera sobre este apartado lugar, tan distinguido de los reyes, tan celebrado por sus ilustres hijos, por los sapientísimos pensadores que ha dado al

mundo, que contiene tantos restos mortales de tantos eminentes varones sepultados en sus claustros, y cuyas escuelas de medicina, de bellas artes, de teología y de ciencias filosóficas eran el asombro de aquellos tiempos, injusta y neciamente calificados de bárbaros; es posible, repito, que aquel movimiento ingente contra el sentido común que caracterizó las cuatro primeras décadas de la presente centuria, no respetara aquel asilo, y ya que vandálicamente le desposeyera de sus bienes en nombre de no sé qué famoso plan financiero que tanto ha hecho reír á ilustres hacendistas extranjerós y nacionales, no respetara al menos el edificio con los recuerdos magníficos de su historia inmaculada? Horribles mutilaciones, sacrílegos despojos, restos de pasadas opulencias, montones ingentes de ruinas, es todo lo que se vé á primera vista del famoso Monasterio de Guadalupe, tanto que profundamente apenado recordaba la impresión que produjo en mi espíritu aquellas famosas ruinas de Itálica y de los inmortales versos con que cantaba su destrucción el insigne poeta Rodrigo Caro en su primorosa canción elegiaca:

«Estos Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
 campo de soledad, mustio collado
 fueron en tiempo Itálica famosa.
 Aquí de Cipión la vencedora
 colonia fué: por tierra derribada

yace el temido honor de la espantosa
muralla,

Este llano fué plaza, allí fué templo;
de todo apenas quedan las señales.
Del Gimnasio y las termas regaladas.
Leves vuelan cenizas desdichadas:
las torres que desprecio al aire fueron
á su gran pesadumbre se rindieron.»

Dónde está sinó aquel maguífico refectorio, cuyo testero principal estaba ocupado por una copia soberana de la cena del insigne Leonardo de Vinci; dónde la sala capitular con su variada y linda arquitectura; dónde la suntuosa biblioteca fundada por el ilustre Prior Fray Gonzalo de Illescas, mas adelante Obispo de Cordoba, con sus miles de volúmenes de todas facultades y su riquísima colección de manuscritos entre los que se contaban las obras en griego del famoso Euthimio, según el testimonio del doctor Nalines, monje del Monasterio Guadalupense; dónde aquella soberbia hospedería, suntuoso palacio hecho por los Reyes Católicos, en cuyo frontispicio y sitios salientes se registran todavía las cifras de F. I., donde se educaron el Príncipe D. Juan y las serenísimas infantas Isabel, Fernanda, María y Catalina; dónde el suntuoso Hospital fundado por aquel gran prior llamado Fray Fernando Iañez de Figueroa; qué se ha hecho de su escuela médica, que tan excelentes cultivadores de la nobilísima ciencia de Hipócrates contuvo en su

seno, del famoso colegio Guadalupense, de su renombrada casa de beneficencia para expósitos, de sus casas de campo, molinos y huertas... unos destruidos por la mano del hombre: otros siguieron el camino que las cien lámparas de plata y oro que exornaban el templo, pasando de manos *muertas* á manos demasiado *vivas*, y por do quiera la devastación y la ruina.

Mas no es tan completa la destrucción del Monasterio Guadalupense, mi caro amigo, que no pueda darnos alguna idea de lo hecho por aquellos frailes; la entrada la tenían, y aún se conserva, en el cementerio, mirando al poniente, con el espacioso y magnífico átrio ya descrito y donde repartían la limosna á los pobres, entrada que comunica con el claustro de los Milagros por una gran portada de finísima cantería, primorosamente labrada con molduras de mucho relieve y que corresponde con otro del mismo orden puesto al fin de una soberbia escalera de mármol, por donde bajaba la comunidad al coro; tambien tiene otra entrada este claustro por la nave sur de la Iglesia, y es lo más notable y lo que mejor se conserva del famoso Monasterio.

No es de gran mérito artístico el estilo arquitectónico de este Claustro, pues viene á corresponder al Mosáico antiguo; á la izquierda se divisa la capilla de San Martín, notable por

haberse celebrado en ella el primer capítulo general de la orden Jeronimiana, viéndose allí el enterramiento del Maestre de Alcántara, D. Juan de Sotomayor, insigne bienhechor del Monasterio; cuatro estaciones piadosas ocupan las cuatro esquinas del Claustro; Cristo crucificado, la Virgen Santísima manteniendo en su regazo el cuerpo de su divino hijo, el sepulcro del Salvador y su resurrección gloriosa, son los asuntos de estas estaciones que sorprenden por lo grave de las pinturas y su acabadísima factura artística. El refectorio se extiende por todo el lado izquierdo del claustro, pieza de fortísima arquitectura con un soberbio cañón de bóveda que ostenta seis florones de talla sobredorados y orlados con multitud de lazos y flores; adornaban este comedor producciones pictóricas de Eugenio Cajés y el cuadro de la cena del inmortal Leonardo de Vinci.

Primorosamente calados son los arcos del patio y en su centro destácase una muy bonita fuente formada por una gran taza de bronce asentada sobre una columna de jaspe blanco con pulidísima basa y todo ello coronado de un capitel hermosísimo con infinitas molduras y multitud de caños, y en el medio, dícese que tenía antaño una hermosísima cierva de metal, encontrada en las ruinas del palacio de Medina Zahara en Córdoba, y hecha por Marco Marcelo, sosteniendo un niño de metal con

una lanza en la mano arrojando agua por la boca.

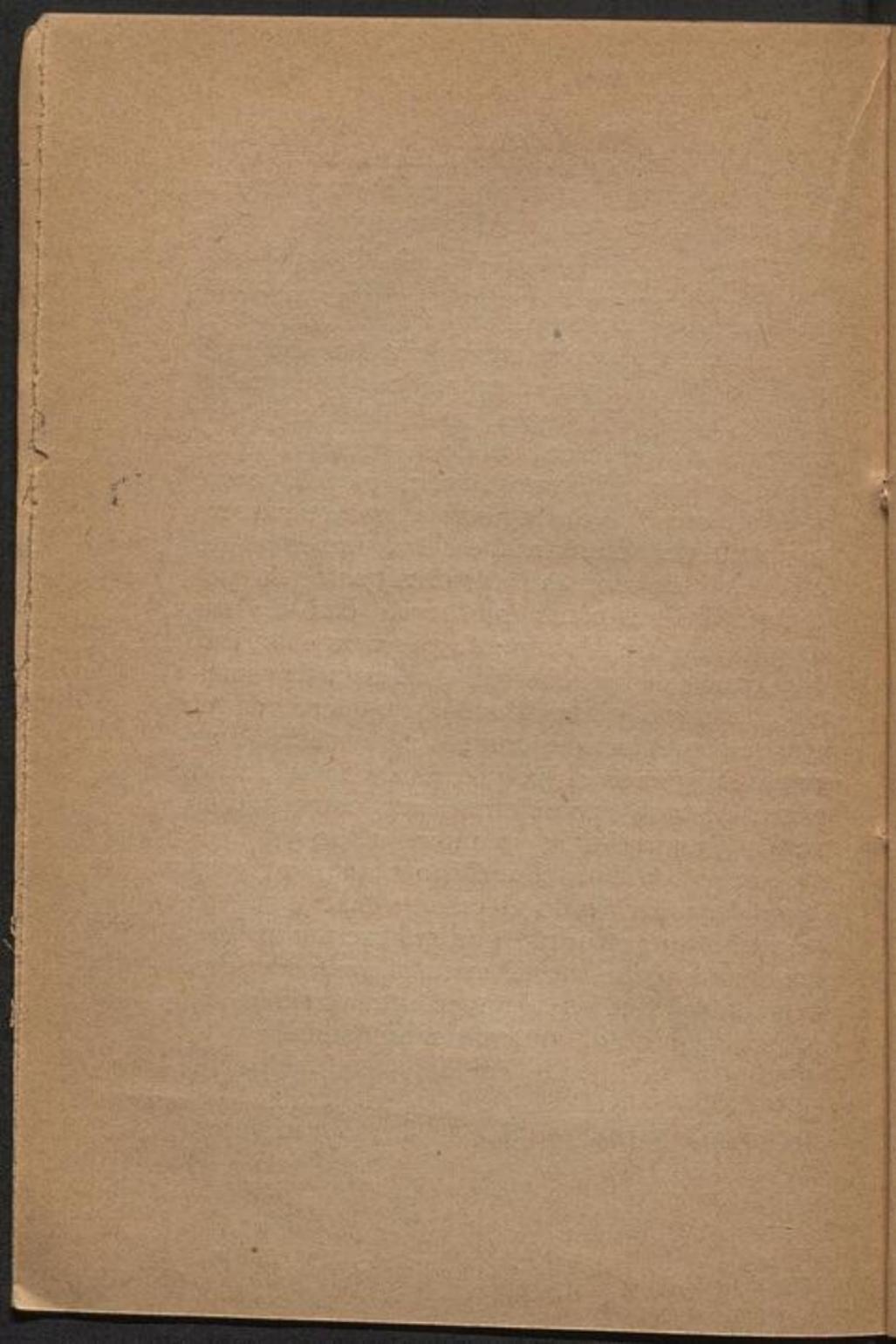
Cinco capillas se divisan en el lienzo norte del claustro, y están dedicadas á San Bartolomé, San Juan evangelista, San Andrés, Todos los Santos y á la Magdalena, sirviendo de enterramientos á personas ilustres; al costado que da al oriente corre un magnífico salón, donde se guardaban las vestiduras de los monjes, y este sitio del Claustro era el destinado para enterramiento de los priores del Monasterio y de Obispos; allí ví las lápidas de D. Francisco de Santa Maria de la nobilísima casa de los Manrique y Benavides, teólogo notabilísimo que asistió al Concilio de Trento por orden expresa del Pontífice Paulo III, y más adelante Obispo de Segovia; allí leí también la inscripción que ostenta la lápida sepulcral de Fray Gonzalo de Illescas, Obispo de Córdoba, cuyas cenizas se guardan en precioso mausoleo de alabastro, reservándose por último el lienzo restante del Claustro para enterramiento de los religiosos.

La Historia toda de la Santísima Virgen de Guadalupe está contenida en unos grandes cuadros que adornan los cuatro lienzos del claustro; son de endeble ejecución y están encerrados en preciosos marcos de madera perfectamente labrada. Otro Claustro hay sobre el descrito que corresponde con él en la forma

y estilo arquitectónicos; dos grandes salones, uno que servía de dormitorio á los religiosos novicios, y otro destinado para los legos, corren uno al Septentrión y otro al Oriente; este claustro está adornado en sus esquinas con primorosas fuentes, que representan animales diversos que arrojan agua en magníficos recipientes de mármoles y de jaspes, subiendo al coro por una puerta abierta en uno de sus lienzos, y pasando por otra á la famosa botica guadalupense.

Ahí tiene V. lo más notable que se conserva en pié del Monasterio de Guadalupe; no le diré nada de otras menudencias que noté apenado el ánimo, como es el servir una de sus magníficas salas, estropeada por completo, á la que conduce una soberbia escalinata de cantería, anchurosa y bien labrada, de teatro, en el que se representaban durante mi estancia obras líricas del género chico, y cedida por su actual poseedor para este objeto: bastante sensible es ver todos aquellos lugares arruinados, y lo poco que se conserva convertido por sus actuales poseedores en cuadras, casino, teatro y casas pequeñas de vecindad, que me hacía recordar la valiente frase de Cicerón al censurar con acerada palabra las dilapidaciones verrinas:

¡Oh miseram temporum conditionem!





XVII.

No quiero, mi distinguido amigo, dejar incompleta esta epístola que cierra la serie que vengo publicando, sin tocar otro punto de altísima valía y suma importancia. Si ha visto V. rápidamente cual lo exigen de cosuno mi impericia para escribir y las angustias propias de crónicas periódicas, las innarrables bellezas artísticas que en todo género de artes bellas ostenta y guarda el Santuario guadalupense; si ha apreciado V. conmigo la severidad y grandeza del templo y las suntuosas partes que en él se registran, su hermosísima sacristía con los lienzos inmortales del ilustre hijo de Fuente de Cantos, el gran Zurbarán y del insigne Eusebio Cages, con las demás dependencias examinadas que constituyen un verdadero y artístico museo de inmensa valía dedicado á la bendita Virgen de Guadalupe; si se ha formado idea de las ruinas del edificio convento, obra del *progreso* moderno que se lanzó voraz y des-

truyó como arista seca el fuego, tanta grandeza, tanta magnificencia, dóime por satisfecho; que ya sé yo que para apreciar debidamente aquellas maravillas, precisa hacer lo que el ilustre filósofo de Stajira, el inmortal creador de la Lógica y de la Metafísica decía hablando de la belleza: «que para gustarla, para saborearla y sentir en el espíritu profundamente sus maravillosos efectos es necesario verla»; para apreciar debidamente el Santuario de Guadalupe es preciso extasiarse viéndolo y examinándolo muy despacio.

Pero no quiero cerrar la carta sin hablarle siquiera sea brevemente de los ilustres sabios que se formaron en aquellas escuelas guadalupenses, al derredor del Santuario y bajo la inspiración bendita de aquella Virgen que es trono de sabiduría como es también prototipo inmaculado de belleza suma y acabada perfección. Yo no me explico satisfactoriamente, si no es por espíritu terrible de oposición religiosa, por verdadero fanatismo impío, esas calumnias que á diario, y hoy no tanto, que ha crecido el furor progresista en gran manera, se propalan contra las órdenes religiosas, cuando precisamente de ellas es lo poco bueno que, en la esfera del arte especialmente, conservamos en este pomposamente llamado siglo de las luces; causa admiración los trabajos insignes realizados por los frailes guadalupenses en todas

las esferas del entender humano, lo mismo en la Teología que en la Filosofía, en las letras humanas que en las apacibles regiones de la belleza artística. No es mi ánimo hacer un estudio detallado de este punto: basta á mi propósito citarle algunos para que comprenda la exuberancia científica de aquel ilustre monasterio.

Recuerdo que el insigne vate español llamado Fray Lope de Vega Carpio, el fundador ilustre del verdadero teatro español, el hombre de más abundosa inspiración poética que han conocido los siglos, el que hablando de sí mismo y de su asombrosa facilidad para hacer comedias decía:

«Y más de ciento en horas veinte y cuatro
pasaron de las musas al teatro».

recuerdo, que cita en un lugar de sus obras á un Fr. Lope de Olmedo, del Monasterio guadalupense, como hombre peritísimo en Derecho y en Letras humanas: sabio ilustre debió ser éste á juzgar por sus obras *Estatutos de la orden monacal de San Gerónimo* y una lindísima historia de San Gerónimo en la que alardea del más exquisito gusto artístico y literario; cuyas son también unas preciosas homilias y comentarios al libro de Isaías que se consultan con provecho por los amantes del saber profundo y verdadero.

De este monasterio es también hijo un gran humanista cuyos trabajos filológicos son de

gran valía, el doctor Juan de Nalines, que tradujo al castellano los comentarios del griego Eutimio Sigabono, é hizo magníficos trabajos sobre la *vulgata* por orden expresa de la famosa universidad de Lovaina, como igualmente en esta casa se formó el autor de aquella admirable obra teológico-filosófica *Lumen ad revelationem gentium*, verdadera apología del cristianismo, y autor de otros varios libros entre los que sobresale una vida de San Juan Crisóstomo atestado de sana erudición y doctrina, el insigne Fray Alonso de Oropesa. Aquí bebió su erudición aquel autor de las monumentales obras De «*Rebus ecclesiasticis alienandis*», de *Restitutione et de Usuris* el famoso Prior Fray Pedro de Trujillo; de aquí salió aquel afamado músico Fray Fernando de Ciudad-Real, eminente polemista que supo verter al castellano con elegancia suma las obras de Eutimio y las Cartas de San Pablo; de aquí salieron y aquí se formaron aquellos ilustres sabios que se llamaron Fr. Juan de Valladolid, Fr. García de Toledo y sobre todos el más insigne conocido por todo aquel que haya manejado obras de verdadero mérito, el famosísimo Fr. Gabriel de Talavera, cultivador ilustre de las lenguas latina, griega y hebrea, incansable cultivador de todas las ciencias exactas y peritísimo en derecho canónico; y el historiador Fr. Diego de Montalvo, y Fr. Francisco de San Clemente, y

el Ilmo. D. Fr. Juan de Toledo y Fr. Juan de Logrosán fueron tambien beneméritos de las ciencias por sus atrevidas especulaciones y profundos conocimientos, consultándose todavía con fruto los tres tomos de Gramática que escribió el famoso filólogo Fr. Juan de Mirandilla.

Con qué gusto, mi caro amigo, convertiría esta crónica en apuntes bibliográficos referentes al famoso monasterio, si no me lo vedaran los límites naturales de estas epistolejas! Yo le expondría el exímio mérito de Fr. Martín de Angulo y Fr. Pedro de Rosal, cuyos conocimientos en ciencias naturales asombran en aquella época, y el del ilustre Fr. Gonzalo de Ocaña y Fr. Nuño de Arévalo, versadísimos en ciencias filosóficas, hombres insignes de preclaro ingenio que llenaron el mundo con las producciones de su bien cultivado talento; yo le daría á conocer lo que hicieron aquellos *ignorantes* y calumniados frailes en honor de los adelantamientos de la nobilísima ciencia de Hipócrates y Galeno, el indulto apostólico obtenido para el ejercicio y práctica de la ciencia anatómica en sus famosos hospitales, los nombres ilustres de doctores insignés eu Medicina, salidos de aquellas magníficas escuelas como son Moreno, Zavallos, Sanz, Aguila, Robledo y otros cuyas glorias han sido magistralmente cantadas por mi distinguido amigo y paisano

el sabio y eruditísimo doctor en la ciencia de Hipócrates D. Nicolás Pérez Gimenez en su preciosa obra «La escuela médica de Guadalupe».

¿No es una lástima, no appena profundamente el corazón ver destruido un edificio de tantos recuerdos históricos, foco admirable de ciencias y de artes, de donde tantos hombres ilustres salieron, cuyas memorias reclaman por derecho propio protección y reparaciones sin cuento?

¿Por qué no se encomienda el cuidado de estas sagradas ruinas y la conservación y reparación del Santuario á alguna comunidad religiosa que solícita por su custodia y mejoramiento, conservara aquellas maravillas, que si Dios no lo remedia, se convertirán en escombros como el edificio convento? Créame V., mi distinguido amigo, al decirle, que urge en nombre de la Religión, en el de las bellas artes y el de los recuerdos históricos, que se adopte una medida salvadora para librar aquel Santuario de una probable destrucción: santuario insigne del que decía el inmortal Cervantes en su famosa obra «Pérsiles y Sigismunda» con aquel lenguaje lleno de soberanas armonías y lípidas transparencias que retratan el vigoroso, flexible y magnífico genio español. «Apenas hubieron puesto los piés los devotos peregrinos, en una de las dos entradas que gufan al valle que forman y cierran las altísimas sierras de Guadalupe, cuando con

cada paso que daban nacían en sus corazones nuevas ocasiones de admirarse; pero allí llegó la admiración á su punto cuando vieron el grande y suntuoso monasterio, cuyas murallas encierran la santísima imagen de la Emperatriz de los Cielos: la Santísima imagen otra vez que es libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones; la Santísima imagen que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos y reparadora de las desgracias.

Yo abrigo en lo más íntimo de mi corazón la dulce esperanza de que el ilustre Cardenal que hoy rige la silla de Toledo, con su ilustración vastísima y piedad eminente, no ha de mirar con indiferencia la restauración de este monasterio celebérrimo; yo creo firmemente que coadyuvarán á tan meritoria obra los dignos y sapientísimos Prelados que rijen hoy las sillas episcopales extremeñas; yo espero que los amantes de la Virgen y los que guardan en su pecho el fuego sagrado del amor más puro á las grandes tradiciones científicas, históricas y artísticas genuinamente españolas, contribuirán con su modesto óbolo; ¿cabe por ventura acción más hermosa, más cristiana, más patriótica? Extremeños: en un rincón de nuestra hermosa región existe un suntuoso templo, dedicado á la bendita Virgen de Guadalupe; la robusta piedad de nuestros mayores acumuló allí como

en holocausto hermoso de amor intensísimo a la Señora las más admirables producciones artísticas que pudo concebir el sublime genio de las bellas artes y al lado y en ruínas el famoso monasterio que guardaba tanta maravilla: ese monasterio urge en nombre de la religión y del arte reedificarlo y ese santuario precisa que se conserve por lo que significa para nosotros. ¿Dejaremos que por una apatía criminal y vergonzosa acabe de arruinarse aquel grandioso monumento de la religión y del arte? consentiremos que la segunda Covadonga española se hunda, sepultando en sus escombros todo lo que constituye la vida íntima de nuestra nacionalidad, el secreto maravilloso de nuestras pasadas grandezas en la historia del mundo? No lo permita Dios: que siempre fué la nobilísima región extremeña entusiasta por sus glorias inmaculadas, celosa por todo extremo en su conservación, que nunca olvidó en el transcurso de su historia legendaria aquel apotegma de un conocido y profundo pensador: «las artes y las ciencias son la verdadera historia de los pueblos y de los sabios».



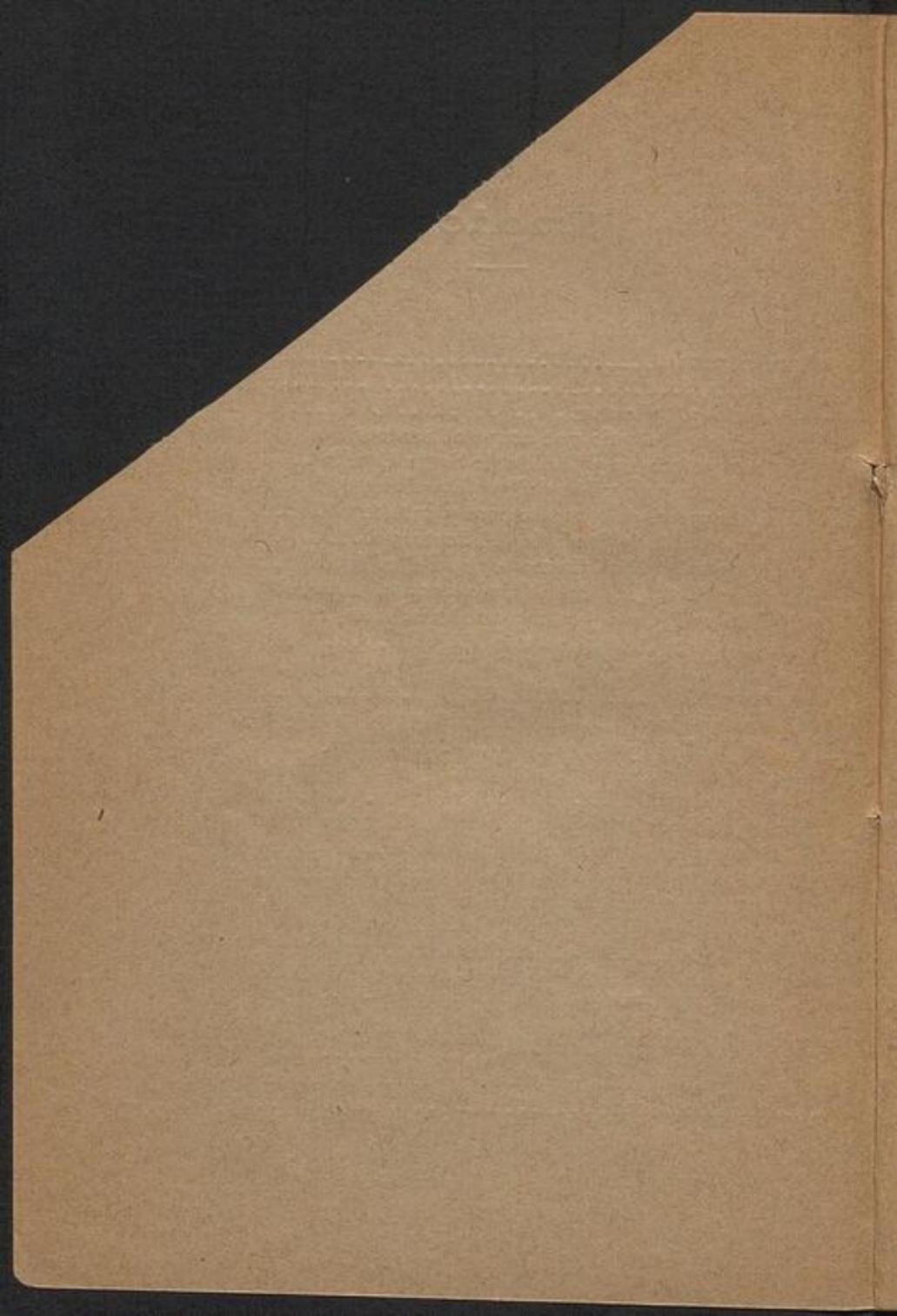
CONCLUSION

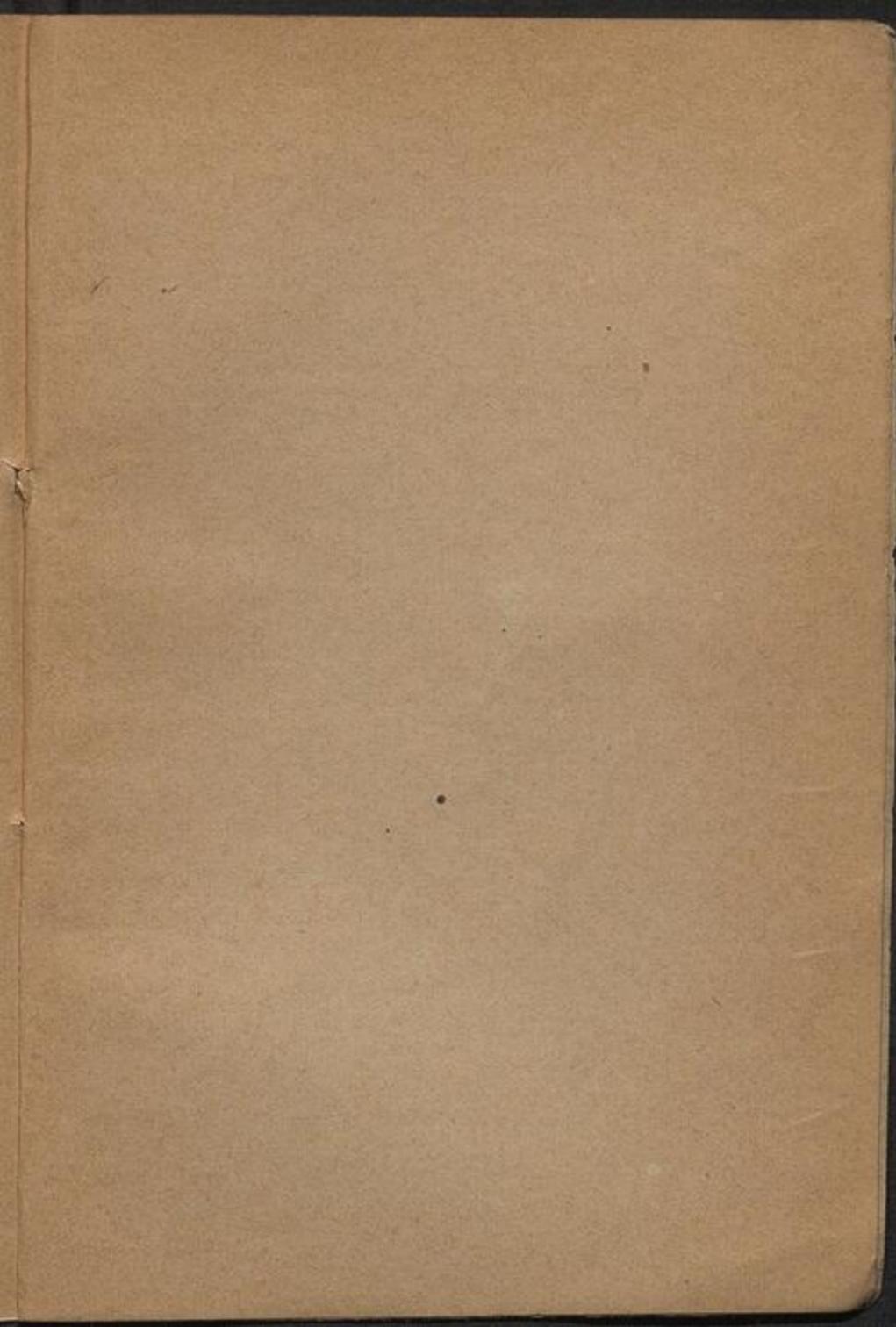
NADA más lejos de nuestro ánimo al visitar el famoso Santuario, donde se venera la bendita imagen de la reina inmaculada de la belleza y madre del Amor Hermoso bajo la advocación augusta de la Virgen de Guadalupe, que escribir para el público mis pobres y desaliñadas impresiones: llevado en alas de la fé más profunda y del cariño más tierno á la Señora, acudí á elevar mis humildes oraciones ante su trono y á conocer aquellos famosos lugares santificados por su presencia, por su continua protección, por su amorosa morada, donde tanto se ha hecho en todas las esferas de la actividad humana, inspirándose todo en los centelleantes y divinos resplandores de la Soberana María. Cariñosas admoniciones de amigos muy queridos determinaron la publicidad de mis *impre-*

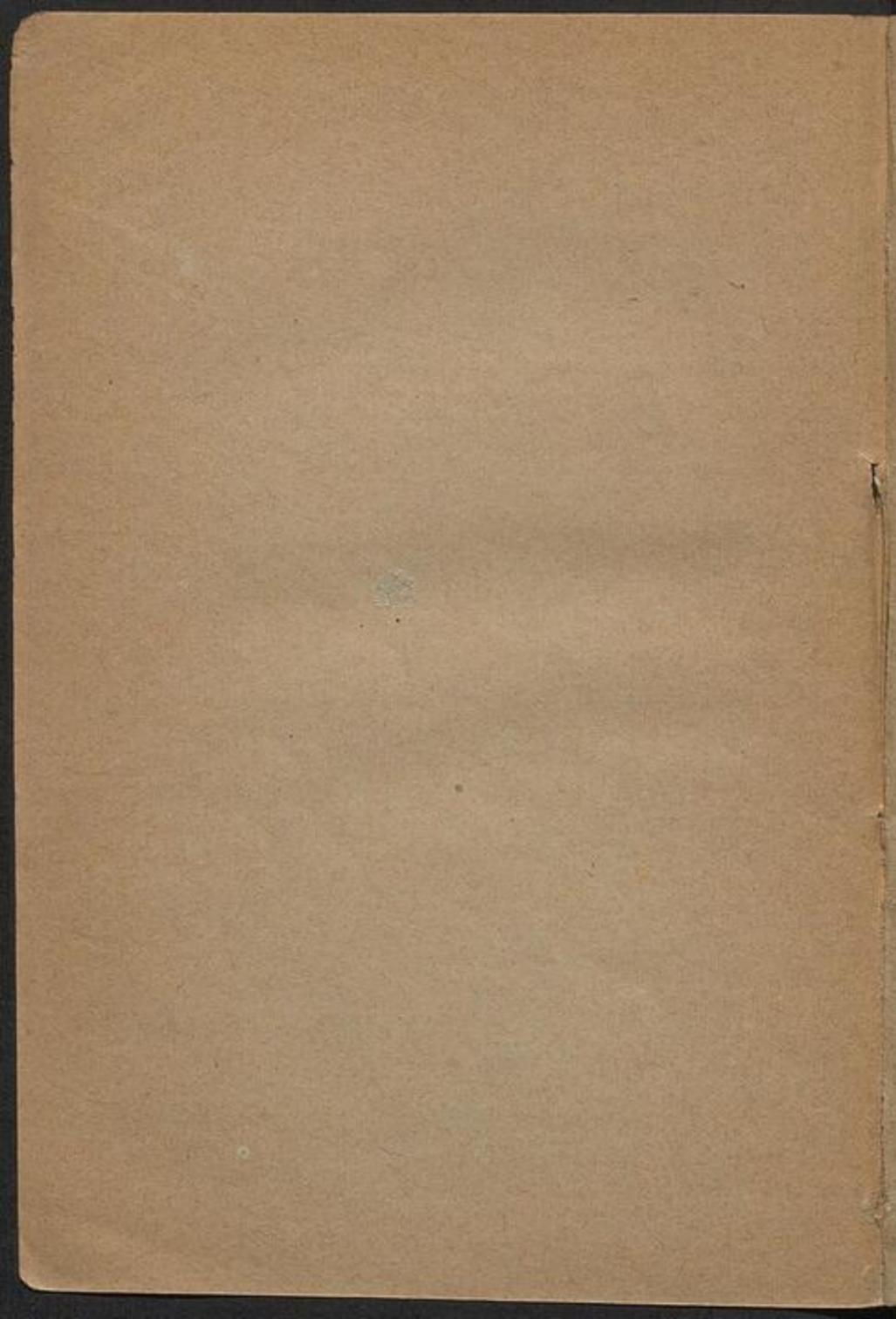
siones, escritas á vuela pluma y con la precipitación consiguiente que reclama la crónica periódica, sin el sosiego, reposo y aquietamiento necesarios para consultar libros ó al menos confrontar datos anteriormente adquiridos, absolutamente precisos para que la obra saliera relativamente acabada. Habíamos pensado ampliar los datos publicados en nuestras crónicas, estudiar detenidamente el asunto, hacer un estudio más completo de tantas maravillas artísticas acumuladas en Guadalupe en holocausto de la bendita Virgen; mas frustróse nuestro intento en virtud de cariñosas presiones de muy caros amigos, que, viendo en mis pobres crónicas méritos que no tenían, me instaron para que las publicase en forma de opúsculo y tal como salieron de mis *Impresiones de viaje*: el lector será benévolo por ende con este pobre libejo, que no lleva pretensiones literarias de ninguna clase y sí sólo el deseo ferviente de que, al recorrer sus páginas, eleve un cántico de amor y de ternura, un himno purísimo de gratitud, de filial afecto á aquella excelsa mujer, soberana reina de los cielos y de la tierra, que se llama la Inmaculada Virgen de Guadalupe, cuya bendita imagen se ostenta y guarda en un rincón de Extremadura, rodeada de riquezas artísticas sin cuento, tributo soberano del genio á la madre bendita del Redentor del mundo.

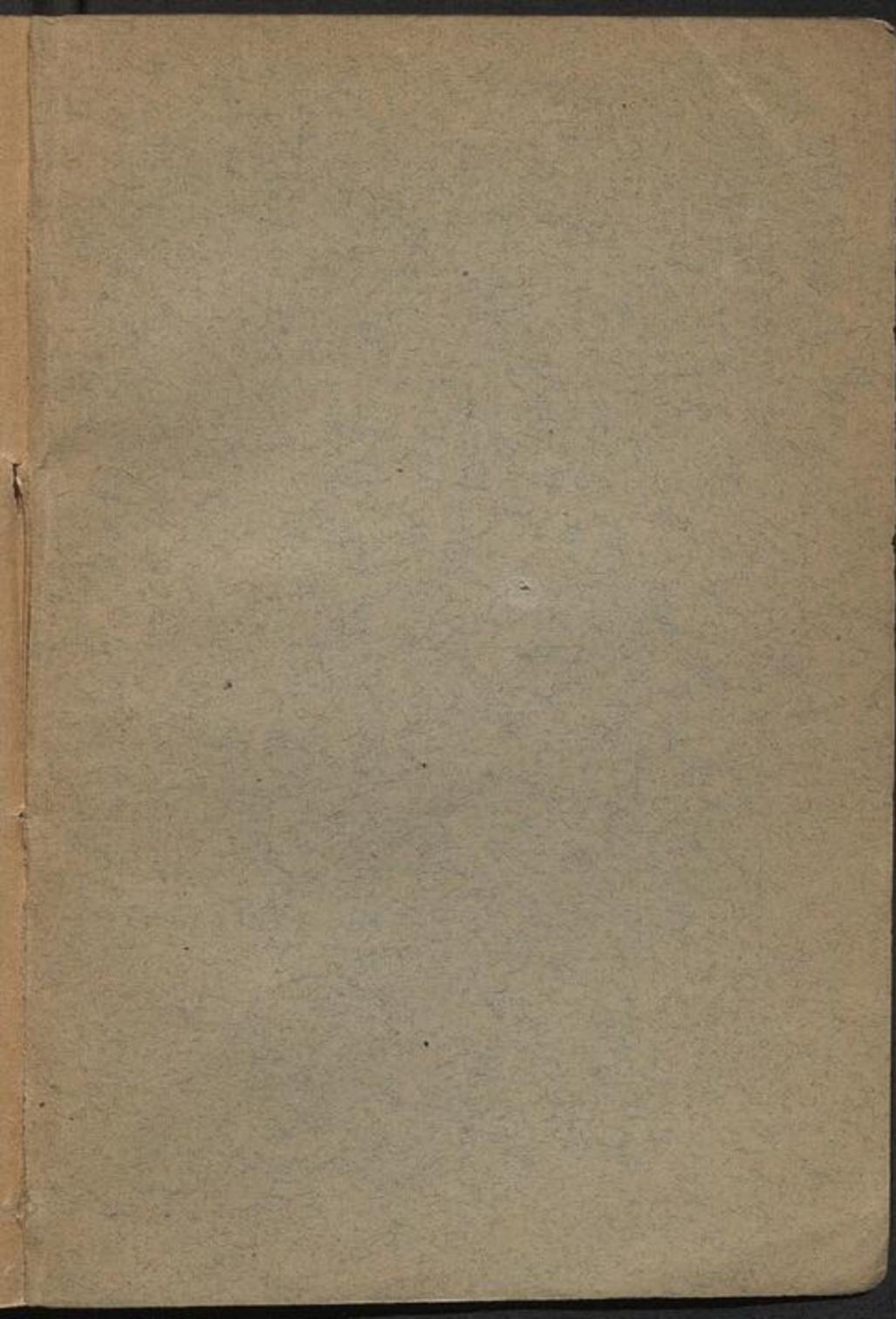
Indice

DEDICATORIA.....	
PRÓLOGO.....	
Carta abierta al autor.....	13
Descripción del sitio que ocupa el Santuario.....	17
Del Atrio, fachada y Capilla de Santa Catalina....	21
Causas de la perversión del gusto artístico: descripción general del templo: coro y ante-coro.....	27
Descripción de la Sacristía del Santuario.....	33
Influencia del Cristianismo en las Bellas Artes....	40
El Camarín de la Virgen Guadalupense.....	45
Condiciones éticas y estéticas del verdadero artista: más sobre el camarín de la Virgen.....	53
Sobre la Capilla ú Oratorio de la Virgen Guadalupense.....	61
Himno en loor de la Inmaculada: quién es la Virgen de Guadalupe.....	65
Dos palabras sobre el renacimiento: sus bondades y extravíos.....	71
Descripción de la Capilla mayor del Templo....	79
Continuación del mismo punto.....	85
Descripción del Retablo del altar mayor.....	91
Efectos de la impiedad moderna bajo los puntos de vista religioso y artístico: describese el joyel de la Virgen.....	
Dos palabras sobre la Capilla de las reliquias: raptañas en ella realizadas á nombre del <i>progreso</i>	107
La Obra revolucionaria en el Monasterio: describense sus sagrados restos.....	115
Bibliografía Guadalupense.....	123
Conclusión.....	130









9.